

Noam Chomsky

LA ARQUITECTURA DEL LENGUAJE

edición de
Nirmalangshu Mukherji
Bibudhendra Narayan Patnaik
Rama Kant Agnihotri

Traducción de Miguel Martínez-Lage
y Eugenia Vázquez Nacarino

editorial **K**airós

Numancia, 117-121
08029 Barcelona
www.editorialkairos.com

EL DISEÑO DEL LENGUAJE

La conferencia de Delhi, enero de 1996

Me debato entre dos tentaciones. La primera consiste en hablar del interesante conjunto de cuestiones que aquí acaba de plantearse.¹ La segunda estriba en disertar sobre la temática a propósito de la cual se me ha invitado a departir, si bien resulta muy distinta. Me gustaría hablar sobre las cuestiones que acaba de esbozar el profesor Agnihotri, pero tal vez sea preferible dejar todo eso para el coloquio posterior.

¿Se me oye allá al fondo? Seguramente no se me oye.

(Parte del público responde que no.)

Si dicen que no, es que me han oído.

Respondiendo de manera brevísima a la pregunta que se me formulaba sobre la relación entre ambas cuestiones, diré que sí, que en efecto me interesan ambas. Una versa sobre el lenguaje en tanto órgano biológico —está bastante claro que lo es—, lo cual, entiendo yo, aporta notables conocimientos sobre la naturaleza esencial de los seres humanos. La otra cuestión se centra en torno a la vida humana y a sus problemas y al empleo del lenguaje en tanto técnica de explotación, etcétera. En ese segundo terreno nada se llega a saber, al menos que yo sepa, nada que tenga verdadera profundidad. Hay

quien puede presuponer que sí, y por esa razón se empeña en que parezca complejo: ésa es la tarea de los intelectuales. Lo cierto es que aquello que se llega a entender es bastante superficial y, además, fácilmente accesible.

La ciencia es una actividad muy extraña. Solamente funciona cuando se trata de resolver problemas simples. Incluso en el caso de las ciencias duras, cuando uno va más allá de las estructuras más simples, se torna sumamente descriptiva. Por ejemplo, cuando se aborda el problema de las moléculas grandes, uno básicamente se limita a una actividad descriptiva. La idea de que un análisis científico en profundidad nos dice algo acerca de los problemas de los seres humanos, de nuestras vidas, de las relaciones que mantenemos unos con otros, etcétera, es a mi juicio mera pretensión: una pretensión al servicio de sí misma, lo cual es de por sí una técnica de dominación y de explotación que convendría evitar a toda costa. Los profesionales, qué duda cabe, tienen la responsabilidad de no hacer creer a nadie que disponen de saberes especiales que los demás no podrán alcanzar si no es con medios muy exclusivos, con una formación universitaria muy concreta, o con lo que sea. Si las cosas son sencillas, hay que decirlas con toda sencillez; si hay que afirmar algo serio que no sea sencillo, excelente: eso es positivo, es interesante. Tal vez podamos hallar respuestas profundas a ciertos interrogantes que sí tienen incidencia directa sobre cuestiones de interés humano que nos preocupan a todos, pero esto rara vez se cumple. En cualquier caso, ésa es mi opinión. Por tanto, me interesan ambos temas,² y a los dos les dedico gran cantidad de tiempo y esfuerzo, pero lo cierto es que no parecen fundirse el uno con el otro.

Permítaseme hablar del área en la que, sorprendentemente, el enfoque propio de la indagación racional (esto es, el enfoque de las ciencias naturales) en realidad parece conducir a

buen puerto, esté donde esté, en el estudio de los organismos complejos. Ésta una de las pocas áreas del funcionamiento humano complejo en la que aparentemente es posible hallar hechos sorprendentes, y puede que también de profundidad considerable, de índole semejante a los que puedan hallarse mediante el estudio de otros aspectos del mundo natural. No son muchos, pero algunos hay, y éste parece ser uno de ellos. Al menos, así lo espero.

Lo que sí quisiera es bosquejar algunas de las fases más recientes de un programa de investigación cuyo origen viene de lejos. Quisiera que ese bosquejo desembocara en cosas que han ocurrido a lo largo de los últimos años en el marco de lo que se ha dado en llamar el «Programa Minimista». Comentaré algunos detalles sobre sus supuestos y motivaciones de fondo, así como algunos aspectos del rumbo que ha seguido y de la relevancia que todo esto adquiere de cara a los interrogantes clásicos que plantea la investigación en torno a la mente y al lenguaje. Apenas si podré incidir sobre este último asunto; podría seguir con ello si lo desean, ya que se trata de cuestiones muy vivas. El propio trabajo lingüístico se torna enseguida muy técnico, pero me mantendré en los márgenes de un bosquejo general. No obstante, si lo desean, puedo seguir sobre líneas mucho más técnicas.

En primer lugar, algunas de las presuposiciones de fondo. Son sobradamente conocidas, y creo que la adopción de éstas es mucho más extensa de lo que suelen creer muchas personas. Ni siquiera pienso que sean específicas de este programa. Por lo general se adoptan de manera tácita, aunque si tratamos de seguir sobre el tema con mayor seriedad más nos valdrá hacer explícito lo tácito. Decir que son conocidas, familiares incluso, no equivale a decir que debieran aceptarse sin reservas críticas de ninguna clase; esto dista mucho de la verdad. Cuando uno piensa en tales presuposiciones, resultan

harto sorprendentes en muchos sentidos, por lo cual tienen su propio interés, hasta el extremo de que resultan convincentes sobre un terreno puramente empírico.

La primera es la presuposición de que existe la facultad del lenguaje, esto es, que hay alguna parte del cerebro, o de la mente, que se dedica específicamente al conocimiento y al uso del lenguaje. Se trata de una función particular del cuerpo; es una suerte de órgano lingüístico, a grandes rasgos análogo al sistema visual que también se dedica a una tarea muy delimitada. Es una presuposición, qué duda cabe, pero hay pruebas abundantes sobre su veracidad.

Por si fuera poco, existen motivos de sobra para pensar que se trata de una propiedad real de la especie al menos en dos sentidos. En primer lugar, parecen darse muy pocas variaciones de unos miembros de la especie a otros, dejando a un lado las patologías de alta gravedad. Dentro de una gama bastante amplia, las propiedades básicas de la facultad parecen casi idénticas. En ese sentido, no es muy diferente del sistema visual. Sin embargo, es distinta del sistema visual en otro aspecto que también es propiedad de la especie,³ esto es, se trata de algo aparentemente único y privativo de la especie. No parece que exista nada homólogo (es decir, biológicamente relacionado) y ni siquiera análogo, con lo cual se trataría de una propiedad menos acusada, o más débil, en otras especies afines.

Si se desean hallar similitudes con las propiedades de la facultad lingüística en el mundo animal, es posible encontrar algunas, aunque sean bastante remotas; no obstante, resulta interesante que los sistemas más semejantes se hallen en los insectos o en las aves, en los cuales no existe un origen evolutivo común al menos en lo que al lenguaje se refiere. En cambio, si vamos a organismos en los que existe un origen evolutivo de relevancia común, como puede ser el ejemplo

de los primates, sencillamente no hay nada que contenga similitudes de interés, lo cual significa que la facultad del lenguaje parece hallarse desde el punto de vista biológico aislada en un sentido al menos curioso e inesperado.

Por hablar de ello en términos cuasi míticos, es casi como si hubiera existido algún primate superior que hace mucho tiempo campase a sus anchas por el planeta, y como si se hubiera producido al azar una mutación, tal vez tras alguna extraña tormenta de radiaciones cósmicas, que hubiera reorganizado el cerebro y hubiera implantado un órgano de lenguaje en un cerebro que, por lo demás, es propio de los primates. Se trata de un apunte que no conviene tomar literalmente. No obstante, pudiera estar más cerca de la realidad que muchos otros relatos de índole mítica que se cuentan en torno a los procesos evolutivos, incluido el del lenguaje.

Demos, así pues, por sentado que existe una facultad lingüística, y que dicha facultad abarca al menos un sistema cognitivo, esto es, un sistema que almacena información. Tiene que haber sistemas que acceden a esa información, los sistemas de actuación. Se nos plantea así un interrogante objetivo: los sistemas que acceden a la información ¿hasta qué punto se hallan almacenados en la parte de la facultad lingüística propia de la facultad lingüística? Dicho de otro modo, ¿hasta qué punto se dedican a sí mismos los sistemas de actuación del lenguaje? Tomemos por ejemplo los sistemas sensomotores, los sistemas articulatorios y perceptivos que acceden a la información que les proporciona la facultad lingüística. ¿Son en sí mismos una parte de la facultad lingüística? Eso es algo que en realidad desconocemos. La presuposición nos lleva a dar por hecho que probablemente estén dedicados a esa función en cierto grado, aunque en otra medida no lo estén. Sin embargo, ésta es una cuestión en curso de investigación, una cuestión de gran dificultad incluso

al nivel elemental de los procesos articulatorio-perceptivos, y no cabe duda de que hay otros procesos más arduos de explorar. Al menos en cierta medida, los sistemas de actuación parecen formar parte de la facultad lingüística.

Otro interrogante objetivo que se plantea sobre los sistemas de actuación estriba en saber si cambian o no. ¿Son fijos e invariables? ¿Acaso tienen crecimiento propio? Se suele hablar mucho acerca de un mecanismo de adquisición del lenguaje, aunque vale la pena reseñar que se concentra en el sistema cognitivo de la facultad lingüística. Ése sí que cambia, sin duda. La información que se almacena en la facultad lingüística cambia a lo largo de la vida; un hablante de hindi no es un hablante de inglés. Así pues, algo ha evolucionado a partir de un estado común a ambos. ¿Han cambiado los sistemas de actuación? Acerca de eso nadie sabe gran cosa, aunque se plantean cuestiones interesantes y difíciles cuando uno investiga más a fondo. En lingüística, el actual estado de la cuestión a menudo nos lleva a hacer tácita la presuposición simplificadora de que estos asuntos no afectan al estudio del lenguaje ni de las lenguas en particular. Sería sumamente extraño si fuera cierto, de modo que es probable que sea falso. Si se asume es por pura ignorancia, porque no sabemos con certeza que sea falso. Cuando uno desconoce alguna cosa tiende a dar por sentada la más sencilla de las presuposiciones. La presuposición más sencilla es que sea cierto, aun cuando no podamos tener confianza plena en que lo sea. Tarde o temprano descubriremos que el crecimiento de los sistemas de actuación ha de integrarse más estrechamente en la investigación del sistema cognitivo de la facultad lingüística, aunque por el momento no lo sabemos. Por eso lo dejamos a un lado.

Hoy concentramos la atención en aquello que podemos estudiar, es decir, en el sistema cognitivo de la facultad lin-

güística, que con toda certeza cambia. Su estado común, su estado inicial y genéticamente determinado no es idéntico a los estados que adquiere en condiciones distintas, ya sea por deberse a los procesos de maduración interna, ya sea por deberse sin la menor duda a la experiencia externa. A eso le llamamos «adquisición del lenguaje». Se llama asimismo «aprendizaje», aunque éste sea un término bastante engañoso, ya que parece más semejante a los procesos de crecimiento que a todo lo que se llama propiamente «aprendizaje». Se pone a un niño en una situación en la que lo envuelve la estimulación adecuada, y la adquisición del lenguaje es algo que sobreviene a ese niño. El niño no hace nada; es idéntico al crecer cuando se tiene alimento. Por eso parece un proceso de crecimiento semejante, por ejemplo, al desarrollo del sistema visual, que también puede adquirir estados distintos en función de la experiencia.

Podemos estar bastante seguros de que los diversos estados que se adquieren por medio de la facultad lingüística son distintos sólo de manera superficial, pues cada uno de ellos viene determinado en gran medida por la facultad lingüística común. La razón que nos lleva a creerlo es bastante elemental. Se trata tan sólo de que la experiencia relevante resulta en exceso limitada. Podemos verificar las experiencias disponibles; podemos contemplarlas y ver de qué se trata. Inmediatamente resulta obvio que es demasiado limitada y fragmentaria para hacer algo más que moldear tan sólo una forma común ya existente de perfiles limitados.⁴

Por cierto, resulta interesante que esta conclusión se tenga por muy controvertida en el caso de las facultades mentales, aunque esa misma conclusión se dé por obvia e incluso se trivialice en el caso de todos los demás procesos de crecimiento. Tómese cualquier proceso de crecimiento distinto, como es el hecho de que al embrión se le desarrollen brazos

en vez alas, o tómese un ejemplo post-natal, como es el que las personas experimenten la pubertad a una edad determinada. Si alguien insistiera en proponer que es resultado directo de la experiencia, nos reiríamos en sus propias barbas. Así, si alguien quisiera proponer que un niño experimenta la pubertad digamos que por la presión de sus semejantes («otros hacen lo mismo, así que allá voy yo»), a todo el mundo le parecería una rematada estupidez. Sin embargo, no es más ridículo que la creencia de que el desarrollo del lenguaje es resultado de la experiencia.

De hecho, es en cierto modo mucho menos ridículo. Nada sabemos acerca de lo que lleva a un organismo a desarrollar, por ejemplo, brazos o alas, o a experimentar la pubertad a una edad determinada, o incluso a morir a una edad (más o menos) determinada. Se trata de propiedades genéticamente determinadas, aunque no las hayamos comprendido bien. Sin embargo, siempre se da por sentado que están genéticamente determinadas, y toda investigación biológica lo da por supuesto, no en vano tiene fundadas razones para ello. Si se examinan las condiciones ambientales en las que se origina el crecimiento, no se dispone de suficiente información para dirigir un proceso uniforme, sumamente específico y estrechamente articulado. Por consiguiente, dejando al margen a los ángeles, se supone que está dirigido desde dentro.

En efecto, ese mismo argumento prevalece en el caso de las facultades mentales. El hecho de que no se acepte ese argumento es debido a los residuos de un tipo de forma irracional de dualismo que uno tendría que superar de un modo u otro. En el caso del lenguaje, de hecho, incluso sabemos algo sobre las propiedades del estado mental. En cierto modo, nos hallamos mejor en ese terreno que en lo tocante a los brazos y las alas y la pubertad, y tantas otras cosas. Ése es el conjunto básico de presuposiciones.

Podemos dar por hecho que un lenguaje no sea más que un determinado estado de la facultad lingüística. Éste es el concepto más exacto que la investigación teórica del lenguaje puede proporcionarnos, tan próximo al concepto intuitivo del lenguaje como quepa imaginar.⁵ Demos, pues, por sentado que un lenguaje (sea el hindi, el inglés o el suahili) es un particular estado al que se llega mediante la facultad lingüística. Decir que alguien conoce un lenguaje, o que posee un lenguaje, es lo mismo que decir que la facultad lingüística se halla en tal estado. En ese sentido, el lenguaje proporciona instrucciones a los sistemas de actuación.

La siguiente pregunta que es preciso formular es muy elemental: ¿cómo? Existe otra presuposición inmediata: lo hace en forma de lo que denominamos «expresiones lingüísticas». Cada expresión lingüística es un conjunto de propiedades. La terminología técnica que se emplea en este caso es que el lenguaje genera un conjunto infinito de expresiones; por eso, a la teoría de un lenguaje se le llama «gramática generativa». Se suele dar por sentado en general que los sistemas de actuación pertenecen a dos categorías que permiten acceso a dos tipos distintos de información, a grandes rasgos: el sonido y el sentido. Disponemos de una representación del sonido, del tipo que sea, y de una representación del sentido. Esta presuposición tiene miles de años de antigüedad; ahora habremos de hacerla más explícita. A las representaciones del sonido se accede mediante los sistemas articulatorio-perceptivos y mediante las representaciones del sentido (aunque habremos de aclarar qué significa esto); emplean la información y la expresión para hablar del mundo, para formular preguntas, expresar pensamientos y sentimientos, etcétera.

Los sistemas que dan acceso a las representaciones del sentido pueden denominarse sistemas «conceptuales-intencionales», donde «intencional» es el término que la filosofía

ha dado tradicionalmente a esa misteriosa relación de «relatividad»: las cosas son relativas a algo o tratan acerca de algo. Así pues, los sistemas conceptuales-intencionales, que son sumamente misteriosos, son los sistemas que dan acceso a determinados aspectos de las expresiones, que nos permiten a la vez hacer todo lo que se hace con el lenguaje: expresar los pensamientos, hablar acerca del mundo, lo que fuere.

La presuposición de que existen dos sistemas de acceso, dos sistemas de actuación, es de nuevo sorprendente. Se ha asumido sin demasiados cuestionamientos desde los orígenes del estudio del lenguaje, hace miles de años, por lo general de manera implícita, sin ninguna atención específica. Ahora bien, si se desea seguir con seriedad sobre estas líneas temáticas, habrá que sacarla a la superficie, momento en el cual uno repara en que se trata de una presuposición sumamente extraña. De hecho, sabemos incluso que es falsa. Desde la existencia misma del lenguaje de signos sabemos que los sistemas distintos de los habituales sistemas articulatorios-perceptivos pueden dar acceso a la facultad lingüística. Por eso, no puede ser ciertamente verdad, al menos en el sentido en que habitualmente se da por supuesta. Habrá que insistir una vez más en que se da por verdadera sólo porque no se sabe en realidad que es radicalmente falsa, de modo que seguiré asumiéndola en estas palabras.

Así pues, existen sistemas articulatorio-perceptivos que dan acceso a un aspecto de una expresión, y existen sistemas conceptuales-intencionales que dan acceso a otro aspecto de una expresión, lo cual significa que una expresión ha de tener dos clases de objetos simbólicos en tanto partes integrantes de ésta. Estos objetos se pueden considerar una suerte de interfaz entre la facultad lingüística y otros sistemas del cerebro, o mente. Llegados a este punto, nos hallamos sumidos en una serie de presuposiciones de amplísimo alcance en lo

que se refiere a la arquitectura de la mente, pero parecen razonablemente convincentes y una buena base para proseguir la indagación.

Todo esto lo digo a modo de información introductoria. Tales son los fundamentos de un programa de seria investigación empírica: traten ustedes de descubrir los principios y estructuras del órgano lingüístico, traten de idear qué clase de estados puede asumir (es decir, los lenguajes particulares), cuáles son las expresiones que genera el lenguaje, cómo se dispone de acceso a tales expresiones, cómo las emplean los diversos sistemas de actuación.

Todo ello pertenece a un campo de investigaciones empíricas mucho más amplio, donde muchas de sus partes se han abierto a las nuevas indagaciones a lo largo de los últimos cuarenta o cincuenta años. Hay partes de las que sabemos algo, de otras no. Creo que el estudio en sí mismo es bastante similar al estudio del sistema visual, acerca del cual podríamos hacernos preguntas análogas. En realidad, cabría decir que es muy similar a la química, que trata de idear cómo son los elementos con los que está hecho el mundo, cuáles son sus estructuras y principios rectores. Tiene la forma de una rama normal de las ciencias naturales. Si es insólita, se debe a que versa sobre algunas de las facultades mentales del ser humano, que se hallan en su mayor parte más allá de ese nivel. Ahí radica buena parte de su interés.

En este punto surgen cuestiones elementales acerca de la totalidad de la empresa; preguntas, en términos generales, acerca del modo en que se relaciona el lenguaje con otros aspectos del mundo. Ése es un aspecto del mundo, el órgano lingüístico: ¿cómo se relaciona con los restantes?

Todos estos interrogantes tienen sus raíces al menos en la tradición intelectual de Occidente (si me cifo a ella es debido a mis propias limitaciones). Se trata, asimismo, de temas

que han dado lugar a animadas discusiones en la filosofía contemporánea. Por lo general, suelen tomar dos formas. Una es la siguiente pregunta (que suele ser denominada a grandes rasgos la cuestión del materialismo o del fisicismo o del problema cuerpo-mente, etc.): ¿cómo se manifiestan en el mundo físico y real las propiedades de la facultad lingüística? La segunda forma que adquieren es una pregunta que habitualmente se denomina la cuestión de la representación o intencionalidad («lo relativo a»): es la cuestión de cómo representan la realidad las expresiones, cómo se refieren las palabras a las cosas. Ése es el segundo aspecto de la cuestión de la relación entre mundo y lenguaje.

A mi juicio, ambas cuestiones parten de sendos y radicales errores de concepción. Así ha sido durante mucho tiempo. Hay muchísimo que decir al respecto, muchas cosas que inciden sobre la contemporánea filosofía de la mente, así como sobre ciertas ideas tradicionales. Yo no creo que exista ninguna cuestión coherente en lo relativo a la dicotomía cuerpo-mente; no creo, al menos, que las haya habido como mínimo desde Newton. Y la cuestión de la representación se basa en analogías defectuosas, o a mí así me lo parece.⁷ En cualquier caso, si les parece oportuno volveré más adelante en todo esto. Por el momento lo dejo a un lado, para lo cual diré tan sólo que ésa es la clase de modelo de tradición intelectual al que corresponde en buena parte de las indagaciones.

Permítaseme volver a una cuestión menos amplia (pues no nos sobra el tiempo): se trata de las investigaciones en torno al órgano lingüístico. Hace unos cuarenta años, en los orígenes de la moderna gramática generativa, los problemas propios de esta categoría comenzaron a ser examinados desde una perspectiva mucho más seria de lo que jamás fuera posible en el pasado, en parte gracias a los avances de las ciencias formales. Existe una propiedad crucial que posee el

lenguaje, que se había entendido de modo puramente intuitivo durante mucho tiempo. En una de las formulaciones clásicas, se decía que el lenguaje implica el empleo infinito de una serie finita de medios; dicho de otro modo, la mente es obviamente finita, pero existe un número infinito de expresiones que toda persona puede dominar y emplear.

Todos estos hechos son obvios y de sobra conocidos. La cuestión es más bien ésta: ¿cómo es posible disponer de un empleo infinito de medios finitos? Nunca ha existido una respuesta realmente clara y general a esta pregunta, al menos hasta comienzos del siglo XX. A mediados de siglo, la teoría de la computabilidad y otros logros diversos condujeron por fin a una respuesta muy precisa, al menos en ciertos aspectos de la cuestión. De ahí que fuera posible volver sobre la antigua pregunta y darle una forma suficientemente definida, a modo de preludeo hacia un intento de respuesta. Fue la confluencia de cuestiones tradicionales en el estudio del lenguaje, sumada a los nuevos avances en las ciencias formales, lo que sirvió para aclarar las ideas fundamentales. La amalgama de todas esas cosas hizo posible que se abriese el terreno de la gramática generativa.

Rápidamente se evidenció que existía un gran problema. Tan pronto comenzó la investigación de la gramática generativa surgió un conflicto entre dos clases de requisitos empíricos. Uno de los requisitos terminó por ser denominado «adecuación descriptiva»: se aspira a dar una relación exacta de los fenómenos propios del inglés, del hindi, etcétera. En cuanto se emprendió una investigación a fondo se vio que las gramáticas y diccionarios más exhaustivos —el *Oxford English Dictionary*, una gramática del inglés en diez volúmenes, etc.— sólo habían conseguido arañar la superficie.⁸ Sólo comprendían insinuaciones que una persona inteligente de algún modo podría emplear para recabar información sobre el lenguaje.

Se consideraban descripciones del lenguaje, pero de hecho no lo eran: resultaban superficiales en exceso. En cuanto se hizo el esfuerzo por dar una articulación precisa a las propiedades reales de las expresiones, se descubrió rápidamente que incluso en las construcciones más simples de las lenguas estudiadas más a fondo era muchísimo lo que se desconocía, sin que hasta entonces nadie hubiera reparado en tal carencia.

A fin de tratar de afrontar ese problema parecía que sería necesario postular mecanismos de una complejidad extraordinaria, dotados de variadas construcciones gramaticales, cada una de ellas con propiedades diferentes e inherentes al lenguaje individual, si bien otras sin duda serían comunes a todos. Las pruebas empíricas de tal necesidad eran aplastantes, aunque también era obvio que la conclusión no podría ser correcta.

Y la conclusión no podía ser correcta debido al segundo tipo de condición empírica, que pasó a ser denominado «condición de adecuación explicatoria»: el problema consiste en dar cuenta de la adquisición del lenguaje.⁹ Si las lenguas son realmente tan complejas y variadas, y la información a la que tiene acceso el aprendiz del lenguaje es tan escasa (es evidente que nadie está genéticamente adaptado para adquirir tal o cual lengua), la adquisición del lenguaje resulta, así pues, milagrosa. Y no se trata de un milagro, sino de un proceso natural y orgánico. Por tanto, la conclusión a propósito de la variedad y la complejidad de las lenguas no puede ser correcta, aun cuando los hechos nos forzasen a avanzar en esa dirección. Dicho de otro modo, las lenguas han de ser en cierta medida sumamente simples y sumamente similares unas a las otras, pues de lo contrario resultaría imposible la adquisición de cualquiera de ellas. No obstante, cuando se estudian a fondo, resultan de una complejidad extrema, de una gran variedad, diferentes todas entre sí.

Todo esto parece una contradicción inapelable. Al menos, se trata de una fuente de tensión muy grave; más o menos, a partir de 1960, el intento por resolver de algún modo esa fricción fue la cuestión motora en el campo de la lingüística. No haré aquí un repaso de la historia, si bien el enfoque general, a partir de comienzos de los años sesenta, fue el más natural: consistía en tratar de abstraer principios generales y propiedades de los sistemas de reglas, tomarlas por propiedades de la facultad lingüística en sí (del lenguaje en cuanto tal, por decirlo de otro modo), e intentar mostrar que cuando uno lleva a cabo tal tarea, el residuo, lo restante, una vez haya terminado, es mucho menos complejo y variado de lo que parecía en principio. A partir de comienzos de los sesenta se sucedieron los intentos; los especialistas en este campo saben cuáles fueron, de modo que no les molestaré volviendo a hablar de ellos.¹⁰

De cualquier manera, a lo largo de dos décadas, se realizaron varios intentos y se consiguieron grandes progresos. Buena parte de todas estas obras vino a converger hacia 1980 en un enfoque al que a veces se denomina «modelo de principios y parámetros», que de súbito encontró sentido pleno y cabal. Fue un desvío radical de la tradición acumulada durante varios milenios de investigaciones lingüísticas.¹¹ La gramática generativa era en sí misma muy distinta de los enfoques prevaletentes por entonces, de corte estructuralista y conductista, si bien conservaba en gran parte el sabor de la gramática tradicional. Así pues, dejan de existir, por ejemplo, las reglas de las cláusulas de relativo en japonés, o las reglas que rigen los verbos con partículas en alemán. Tales cosas son reales, qué duda cabe, aunque sólo en calidad de artefactos taxonómicos, es decir, en el mismo sentido en que, por ejemplo, son reales los animales terrestres. Da la impresión de que las reglas y las construcciones gramaticales, las pro-

piedades esenciales de la gramática tradicional, sólo que trasplantadas a la gramática generativa, sean artefactos taxonómicos en idéntico sentido.

Parece, en cambio, que lo existente son los meros principios generales que son propiedades de la facultad lingüística, a los que se suman ligeras opciones de variación, que son los llamados «parámetros». Los principios se mantienen vigentes en todas las lenguas, en todas las construcciones. Así pues, no existen principios especiales para las cláusulas de relativo ni para cualquier otra construcción. Las variaciones sobre los parámetros parecen constituir un espacio finito, lo cual entraña que, de ser cierto, haya solamente un número finito de lenguajes posibles que los satisfagan. Por si fuera poco, parecen estar limitados a pequeñas porciones del lenguaje: algunas partes del lexicon, ciertos aspectos periféricos del interfaz articulatorio-perceptivo. Uno alberga la esperanza de mostrar que tales cosas son fácilmente detectables a partir de los datos acumulados gracias a la experiencia.

Este modelo de principios y parámetros no es una teoría específica, sino una especie de marco teórico, un modo de pensar el lenguaje, el primero que a lo largo de la historia tiene el carácter general acertado, es decir, que propone una forma de resolver la tensión entre la adecuación explicatoria y la adecuación descriptiva. En efecto, vendría a resolver la tensión si fuera posible mostrar que los principios que son uniformes bastan para describir el carácter general del lenguaje y si las variaciones aparentes, superficiales, procedieran del mero hecho de mezclar estos parámetros unos con otros, de tal o cual modo, dentro de una gama limitada.

Es como si el niño llegase al problema de la adquisición del lenguaje provisto de un cuestionario que dijera «aquí tie-

nes un número X de preguntas a las que necesitas dar respuesta», y como si cada una de esas preguntas pudieran encontrar respuesta sobre basándose en datos muy simples. Cuando introduzco las respuestas y empleo los principios, que reflejan mi naturaleza, al menos en parte, aparece el japonés. O algo así.¹² En apariencia se puede tener la impresión de que las lenguas son radicalmente distintas entre sí, pero ello se debe a nuestro desconocimiento de los principios. Cuando se descubren los principios, se entiende que son en realidad muy similares, y que las diferencias que presentan son bastante superficiales.

Ésa es el tipo de imagen que apareció en su día, y que dio lugar a una auténtica explosión de investigaciones, así como a un gran aumento de las obras descriptivas y teóricas. A estas alturas existe una gama tipológicamente muy amplia y variada de lenguas diversas. Se halla en un importante estado de fluctuación, justo es decirlo, pero no creo que haya existido una sola época en la historia del estudio del lenguaje en la que tanto se haya aprendido al respecto.

También fue posible entonces plantear una serie de cuestiones nuevas y con validez de principios acerca de la naturaleza del lenguaje. Es ahí donde los resultados del Programa Minimista tienen relevancia. Lo que sucede es que ahora, por vez primera en la historia, tenemos una idea bastante coherente sobre lo que pueda ser el lenguaje.¹³ Y entonces podemos hacernos ciertas preguntas novedosas.

Una de las preguntas que podemos formularnos es ésta: ¿cuánto de lo que atribuimos a la facultad lingüística está realmente motivado por las evidencias empíricas, y cuánto en cambio por la clase de tecnología que adoptamos llevados por nuestro deseo de salvar las fallas del entendimiento y de presentar los datos de una forma que resulte útil? Las preguntas como éstas son, en principio, apropiadas para las

ciencias. Sin embargo, a menudo no vale la pena plantearse-
las, ni menos aún tratar de sacarles punta a fondo en la prác-
tica. La razón es sencilla: el entendimiento es demasiado li-
mitado. Y esto es cierto incluso en las ciencias duras. Si uno
revisa la historia de las ciencias duras, sea en la física e in-
cluso en la matemática, a lo largo de la historia, y hasta hace
muy poco tiempo, esta clase de preguntas no se planteaban.
La mayor parte de la matemática clásica, por ejemplo, hasta
bien entrado el siglo XIX, se basaba en lo que se sabía que
eran presuposiciones contradictorias: no se había entendido
aún lo suficiente para disipar las contradicciones. Se conti-
nuaba el estudio de las matemáticas sólo porque conducía a
toda una serie de nuevos descubrimientos, interpretaciones,
ideas, etcétera. Lo mismo cabe decir de la física y la química.
Así pues, si bien en principio tales cuestiones son apro-
piadas, a menudo suelen ser prematuras.

Uno de los elementos constituyentes del Programa Mini-
mista es la especulación sobre el fenómeno de que estas
cuestiones sean ahora apropiadas también en la práctica, e
incluso que, de hecho, valga la pena investigarlas por su pro-
ductividad. Dicho de otro modo, llegados a este punto es ra-
zonable preguntarse qué partes de la tecnología descriptiva
que empleamos están realmente motivadas por los datos em-
píricos, y qué partes utilizamos sólo por afán de parchear
nuestra falta de entendimiento, en cuyo caso la necesitamos
sólo para hacer una exposición útil de los datos disponibles.
Esa cuestión tiene una respuesta. No queda del todo claro si
es el momento de plantearla, o no, pero al menos en princi-
pio tiene una respuesta.

El Programa Minimista también se basa en una cuestión
ulterior que tal vez no tenga respuesta ni siquiera en princi-
pio, y que podría resultar irreprimiblemente prematura aun
cuando tuviera respuesta. Es una cuestión bastante más sutil.

Podríamos formularla de este modo: ¿es el lenguaje una so-
lución eficaz para ciertas condiciones limítrofes que impone
la arquitectura de la mente? El órgano lingüístico se inserta
en un sistema mental que está dotado de una determinada ar-
quitectura; tiene relaciones de interfaz con ese sistema. Se
conecta a ellas. La presuposición es que existen los dos inter-
faces que he referido. Esos interfaces imponen ciertas condi-
ciones sobre cómo debe ser el sistema. ¿Es el lenguaje una
solución eficaz a las condiciones impuestas por esas presu-
posiciones externas?

Permítaseme volver a la mitología que señalé al principio
acerca de los orígenes del lenguaje. Imaginemos a un prima-
te superior que anduviera a sus anchas. Carece de órgano lin-
güístico, pero está dotado de algo parecido a nuestro cerebro,
además de ciertos sistemas articulatorio-perceptivos sufi-
cientemente cercanos a los nuestros y un sistema concep-
tual-intencional suficientemente análogo al nuestro, de ma-
nera que está en condiciones de pensar a propósito del
mundo más o menos del mismo modo que nosotros, en la
medida en que tal cosa sea posible sin lenguaje. Sin embar-
go, carece de lenguaje y no puede expresar sus pensamien-
tos, ni siquiera para sus adentros.

Supongamos que algún acontecimiento azaroso provoca-
se que se instalara en dicho primate la facultad lingüística;
supongamos que dicha facultad lingüística sea capaz de pro-
porcionar infinidad de expresiones a las cuales tuviera acce-
so por medio de los sistemas de actuación ya existentes, es
decir, los sistemas sensores, motores y conceptuales-inten-
cionales. Para ser utilizables, las expresiones de la facultad
lingüística (al menos, algunas) tienen que ser legibles por
parte de los sistemas externos. Así pues, el sistema articula-
torio-perceptivo y el sistema conceptual-intencional han
de disponer de la capacidad de acceder a las expresiones, de

«leerlas». De lo contrario, los sistemas ni siquiera tendrían conocimiento de su existencia.

De hecho, es concebible al menos como posibilidad empírica, a pesar de ser sumamente inverosímil, que los primates superiores, los gorilas por ejemplo, o cualquiera, tengan algo similar a la facultad lingüística del ser humano, aunque carecen de acceso a ella. Es una lástima, pues las condiciones de legibilidad no quedan satisfechas. Posiblemente que lo que cambió en los seres humanos fue que la facultad lingüística llegó a cumplir las condiciones de legibilidad. Podemos dar por sentado, sin que sea demasiado arriesgado, que tal suposición no es cierta, y que a medida que evolucionó la facultad lingüística resultó utilizable por el hecho de satisfacer las condiciones externas de legibilidad que venían impuestas por el interfaz.

Acto seguido podremos preguntarnos si éste es un buen diseño, y hasta qué punto. ¿Con qué eficacia aportan las leyes de la naturaleza una solución óptima a cierto «problema de ingeniería», es decir, el problema de ingeniería que plantean las condiciones de legibilidad de las expresiones? Se trata de un interrogante cargado de significado; de hecho, podemos concretarlo de manera más que razonable. Ahora bien, no hay ninguna razón que nos lleve a esperar la aparición de una respuesta interesante. Pudiera darse el caso de que el lenguaje fuera una pésima solución a ese problema. Y no sería ni muchísimo menos sorprendente. Así suelen ser los sistemas biológicos; son malas soluciones a ciertos problemas de diseño que la naturaleza plantea: la mejor solución a la que podía llegar la evolución en las circunstancias existentes, aunque tal vez sea una solución torpe y enojosa.

Veamos qué es lo que esto entraña. Tómese cualquier frase que se quiera, tómese un viejo ejemplo que aún no se entiende muy bien del todo: «A John le ha robado un libro». Tó-

mese esa frase tal como se dice en inglés: «John had a book stolen».* Está dotada de múltiples propiedades empíricas, incluidas algunas ambigüedades múltiples sumamente curiosas,¹⁴ que no tienen parangón en otras lenguas semejantes. No se entiende muy bien por qué, y ésa es la razón de que sea una historia ya muy vieja, que circula desde hace treinta años. La frase tiene propiedades de sonido y de sentido, ambigüedades múltiples, correlaciones fonético-semánticas, toda clase de cosas. Además de todo ello, está dotada de muchas otras características. Tiene propiedades relativas al orden de adquisición, de la pérdida de diversas interpretaciones en función de que existan daños cerebrales, de acceso perceptivo, etcétera.

Por definición, el lenguaje que genera la expresión es una solución a todas esas condiciones empíricas. La investigación racional es el intento de hallar la teoría que mejor satisfaga las condiciones empíricas: en eso consiste el juego. Si no se pliega uno a las reglas de ese juego, no está realizando una labor científica. Por eso, por definición, el lenguaje es una solución a todas las condiciones empíricas, a la vez que deseamos hallar la mejor teoría que podamos encontrar sobre dicha solución.

No obstante, aquí nos formulamos una pregunta bien distinta. Sólo contemplamos una determinada parte subordinada de las condiciones empíricas, esto es, las condiciones de legibilidad, de acceso a la expresión por parte de los sistemas externos. Por ejemplo, los sistemas articulatorio-perceptivos requerirán que la expresión tenga un orden temporal (los sistemas articulatorio-perceptivos están contruidos de tal modo que sólo pueden tratar con algo que suceda a lo largo del tiempo; eso no es lógicamente necesario de ninguna de

* Literalmente, «Juan tuvo un libro robado». Es un uso característico de la voz pasiva en inglés, mucho más habitual que en castellano. (N. de los T.)

las maneras). Es innegable, en lo tocante a nuestros sistemas articulatorio-perceptivos, que exigen por fuerza ciertas clases de propiedades fonéticas y de estructuras rítmicas, etcétera. Si una expresión carece de tales características, el aparato articulatorio-perceptivo no será capaz de «leerla», de percibirla, de articularla. Los sistemas conceptuales-intencionales, de los que no sabemos gran cosa, han de exigir ciertas clases de información sobre las palabras y las frases, ciertas clases de relaciones entre ellas, etcétera.¹⁵ Además de ello están las relaciones sonido-sentido, aunque se hallan mucho más allá de las condiciones de legibilidad. El hecho de que «a John se le haya robado un libro» contenga cierta ambigüedad múltiple es algo que no se deduce del hecho de que a niveles de interfaz sus elementos estén abiertos al acceso. Así, sean cuales fueren las relaciones sonido-sentido, son algo que se encuentra muy por encima de la propiedad de ser accesibles a los distintos sistemas de actuación, por encima de la propiedad de contener las representaciones fonéticas y semánticas apropiadas, las representaciones de interfaz.

Si el lenguaje del ser humano es perfecto en un sentido sumamente firme, las relaciones sonido-sentido, por ejemplo en el caso de la frase mencionada, o el de cualquier frase dicha en cualquier lengua, han de venir derivadas de una solución óptima a las condiciones de legibilidad, y otro tanto cabe decir, con idéntica veracidad, de toda la gama de propiedades empíricas de las expresiones y de todas las expresiones en todas las lenguas. La teoría que mejor considere la satisfacción de las condiciones de legibilidad seguirá siendo la mejor teoría cuando se añada el resto de las condiciones. No será preciso modificarla cuando se tengan en consideración otras condiciones empíricas.

Durante milenios, el estudio del lenguaje ha supuesto que uno al menos ha de emplear las relaciones sonido-sentido

para descubrir cuáles son las propiedades de un lenguaje. Toda investigación lo da por sentado. Sin embargo, es justamente ese supuesto lo que ahora nos cuestionamos. Albergamos la esperanza de que si supiéramos lo suficiente sobre las condiciones de legibilidad, las relaciones sonido-sentido caerían por su propio peso. Ya no nos harían falta como prueba para determinar las propiedades de lenguajes particulares, y lo mismo podría decirse, con idéntica verdad, de la vastísima colección de otros datos empíricos.

Esto es algo muy extraño. No hay en la biología nada que sugiera que algo como el diseño perfecto, en este sentido, sea de veras posible. No obstante, hay razones para suponer que el lenguaje raya sorprendentemente en la perfección, justo en ese sentido tan curioso: se trata de una solución al menos óptima a las condiciones de legibilidad, o lo que algunas veces se denominan «condiciones de salida».¹⁶ Si resulta cierto incluso tan sólo en parte, es sumamente sorprendente y, en esa misma medida, sumamente interesante.

Es también de sumo interés tratar de identificar e investigar las imperfecciones aparentes. El Programa Minimista se basa en el supuesto de que ésta es una cuestión de peso. Luego, nos quedan por explorar las intuiciones de este otro orden: uno, tratamos de someter los supuestos acerca del lenguaje a un escrutinio en profundidad, sólo por ver si se justifican desde un punto de vista empírico, o si son una especie de conveniencia técnica, que parchea nuestra falta de entendimiento; dos, cuando se produce cualquier desvío de la perfección, de la naturalidad conceptual al satisfacer las condiciones de legibilidad, ponemos los correspondientes signos de interrogación y nos preguntamos si ese desvío está justificado. En cada uno de los casos, cuando un supuesto ofrece el aspecto de no ser conceptualmente necesario, (teniendo cuenta las condiciones de legibilidad), lo que hace-

mos es tratar de mostrar que existe al menos una relación tan buena de los hechos empíricos si uno prefiere no partir de tal supuesto. Dicho de otro modo, obtenemos una explicación más profunda y de más amplio alcance, en lo que se refiere a la amplitud del espectro empírico, si se prescinde de esa tecnología adicional y nos adaptamos al diseño más perfecto. En eso consiste el programa.

Al llevar a cabo el Programa Minimista, nos encontramos ante problemas como los que siguen. En primer lugar, es preciso demostrar que, al contrario de lo que siempre se ha creído, no existen niveles lingüísticos al margen de los propios niveles de interfaz (las representaciones fonéticas y semánticas). No tendría que existir ningún otro nivel, ya que los otros niveles no tienen su motivación en las condiciones de legibilidad. Así pues, lo que se pretende mostrar es que ahí estaban en calidad de mecanismo tecnológico para parchear las faltas de entendimiento. Cuando uno prescinde de ellos, se encuentra con explicaciones mejores. No hay nada semejante a la estructura profunda y la estructura superficial en el sentido técnico del término, y todo lo que se haya explicado en esos términos, a esos niveles, se comprendió de mala manera y se describió de manera aún peor. Para interpretarlo como es debido, hay que hablar sólo de los niveles de interfaz. Se trata de una tarea de considerable envergadura. Por decirlo de un modo más técnico, significa que uno tiene que mostrar que el principio de proyección es erróneo,¹⁷ que la teoría del ligamiento y del caso no se aplica en la estructura S, al contrario de lo que siempre se había supuesto,¹⁸ y así en infinitud de instancias distintas.

El segundo problema que uno ha de afrontar consiste en tratar de mostrar que una unidad léxica, que es una colección de propiedades llamadas «rasgos», no contiene más rasgos que aquellos que se interpretan en el interfaz, sin que se in-

troduzcan otros elementos sobre la marcha. Así pues, nada de índices, nada de estructura de la frase por medio de la teoría de la X con barra: hay que prescindir de todo eso.¹⁹ Hemos de mostrar que cuando renunciamos a la teoría de la X con barra, a los índices y a otros recursos por el estilo, hallamos soluciones que no sólo son tan buenas como las de antes, sino que incluso las mejoran. Ésa es la segunda de las grandes tareas.

El tercer objetivo al que apuntamos consiste en mostrar que no existen más relaciones estructurales que las forzadas por las condiciones de legibilidad (incluidas otras propiedades, como la adyacencia, los papeles temáticos, el espectro en la FL) o, de lo contrario, están inducidas de manera natural por el propio proceso de derivación. Tomemos, por ejemplo, el mando de constituyente.²⁰ El mando c es la propiedad que aparece cuando se fusionan dos estructuras y una de ellas guarda relación con algunas partes de la otra; uno sabe cuál es a través de las condiciones de salida, porque la que pasa a estar captada deja de ser visible, de modo que ha de ser la otra la que manda c en esas condiciones (y esto no tendrá ningún sentido para las personas que no sepan de antemano a qué me refiero). Es posible definir el mando c en esos términos, y por consiguiente, en ese caso, es en relación legítima. Las relaciones locales con el núcleo mando también son legítimas, pero tal vez no sean nada más. De modo que no hay rección, no hay rección propia,²¹ no hay una teoría del ligamiento inherente al lenguaje, ni hay interacciones de otra clase. En la medida en que el lenguaje sea perfecto, es necesario prescindir de todo esto.

Entre ustedes, quienes estén familiarizados con la bibliografía técnica (a estas alturas, me temo que estoy reduciendo mucho al público, pero es que no sé cómo proceder de otro modo) serán conscientes de que hay toneladas de evidencias

empíricas que sostienen la conclusión contraria a cada uno de los puntos que he mencionado. Por si fuera poco, el supuesto esencial de las obras más altamente productivas de los últimos tiempos —y de sus logros, sin duda impresionantes—, es que todo lo que acabo de decir es un craso error, que los lenguajes son sumamente imperfectos en todos estos sentidos, como cabría esperar; poseen índices y niveles de barra, estructuras P y estructuras S, toda clases de relaciones, etcétera, etcétera. Por eso insisto en que no es tarea fácil empeñarse en demostrar lo contrario. A pesar de todo, creo que lo contrario bien pudiera ser verdad.

Ahora bien, existe lo que parece ser un conjunto de imperfecciones reales que son, sin duda, interesantes. Una de las imperfecciones más dramáticas del lenguaje humano es la propiedad del desplazamiento, que parece ser universal, pero que en realidad resulta muy intrincada y que nunca da pie a la construcción de sistemas simbólicos que se diseñan de cara a ciertos usos especiales, como a veces denominamos a los lenguajes formales. Lo que intento recalcar con esto es el hecho omnipresente de que las frases se interpretan como si se hallaran en una posición distinta dentro de la estructura en la que tales elementos son pronunciados en realidad. Ésta es una propiedad que resulta universal en el lenguaje, y que reviste consecuencias extraordinarias de cara a la interpretación del sonido y el sentido. Por ejemplo, tómese la frase «el libro parece haber sido robado».* ¿Qué relación guardan «libro» y «robar»? Se sobreentiende que guardan la misma relación que tendrían en «Juan robó el libro», donde existe una relación natural y local entre «robar» y «libro»,²² si bien esa relación no existe en «el libro parece haber sido robado».

* Traducción literal de «the book seems to have been stolen», que en un castellano más correcto se traduciría por «parece que [alguien] ha robado el libro». (N. de los T.)

Esta propiedad del desplazamiento es una propiedad general del lenguaje.²³ Parece tratarse de una imperfección; no se construye a partir de ella un sistema perfecto que se pretenda diseñar de cara a un propósito especial, si bien es ubicua en el lenguaje natural. La propiedad ha de ser, en primer lugar, explicada y, en segundo lugar, captada de algún modo.

En los primeros compases de la gramática generativa se suponía que la propiedad es captada mediante una operación que desplazaba el sintagma de su posición interpretativa a la posición en que se pronuncia. Esa operación es una transformación gramatical. Toda teoría del lenguaje posee algún modo de captar la propiedad del desplazamiento; por eso mismo, todas ellas poseen transformaciones, o alguna contrapartida de la transformación.²⁴ La única cuestión estriba en que su forma se deba a que son una realidad acerca del lenguaje que posee esa propiedad. Entiendo que hay sobradas razones para creer que este supuesto original es más o menos correcto. De ser así, se trata de una operación del lenguaje que toma un sintagma estructurado y lo incluye en otro lugar distinto. El supuesto más sencillo —el que se asume cuando uno se desvía mínimamente de la perfección— consistiría en que esa operación no es nada más que eso; se toma un sintagma que apareció en tal o cual sitio y se inserta en otra parte. Nótese que de ello se deduce que dicho sintagma aparezca dos veces. Aparece en su posición original y en la parte donde fue insertado bajo el más sencillo de los supuestos.

El supuesto más complejo es que existe una operación compuesta: uno toma el sintagma, lo inserta en otra parte y borra el original, de modo que se trata en realidad de dos operaciones y es, por tanto, más complejo. Superficialmente parece correcto el supuesto más complejo de los dos; de hecho, sólo oímos el sintagma en una posición única. No se oye decir «el libro parece haber sido robado [el libro]», ni, para

quienes sepan a qué me refiero, «el libro parece [el libro] haber sido robado [el libro]». Se encuentra en tres posiciones: así habría de ser si se repasa el proceso correctamente. De este modo, se tiene la impresión de que es la operación más compleja la que actúa, no la más sencilla, y éso era, de hecho, el supuesto original. Ahora bien, es erróneo.

Resulta que hay sobradas pruebas de que el sintagma se encuentra en todas esas posiciones, la original, la final y la intermedia.²⁵ Este hecho tiene toda clase de consecuencias que repercuten en la interpretación semántica. Por eso, implica que, haga lo que haga la mente, lo ve en todas esas posiciones: ésa es la «versión de copia» de la teoría de la huella. Sin embargo, casi siempre se ha supuesto de un modo erróneo que la «teoría de la copia» es más compleja, que es preciso darle justificación empírica.²⁶ Más bien sucede todo lo contrario. La copia borrador de la teoría de la huella es el supuesto más sencillo que existe; propugna que la única operación que media es la de la inserción. Más bien habrá que justificar la inexistencia de esta teoría. Resulta que el lenguaje goza de suficiente perfección, de modo que el supuesto más sencillo es correcto, lo cual entraña no pocas consecuencias.

¿Por qué oímos la frase sólo una vez? Se debe a que existe un principio de índole muy superficial en el interfaz del *output* fonético que la borra en todas las ocasiones, con una sola salvedad, y que actúa de un modo muy general.²⁷ Sin embargo, en lo que a la mente respecta, todas ellas están ahí; si no tuviera que tomarse uno la molestia de hablar, todas ellas estarían presentes. De hecho, todas están presentes en las operaciones mentales, aunque sólo algunas llegan a pronunciarse en voz alta. A decir verdad, sólo una.

¿Por qué habría de tener el lenguaje esta propiedad de desplazamiento? He aquí una cuestión interesante, que se ha

discutido por espacio de cuarenta años sin que los progresos hayan sido dignos de mención. No obstante, es una propiedad que posee, y he aquí algunas ideas sobre el porqué. Estas ideas pueden reinterpretarse en términos de las condiciones de legibilidad en la superficie. Por ejemplo, parece haber una diferencia fundamental entre dos tipos de propiedades semánticas, propiedades de la «estructura profunda» y de la «estructura superficial» según una de las concepciones, la última de las cuales depende del desplazamiento de un elemento hacia una posición «de mayor prominencia» en el borde de una construcción. Si tales ideas pudieran desarrollarse con éxito, tal vez resultara que la propiedad del desplazamiento no sea a fin de cuentas una imperfección, sino más bien una condición de legibilidad impuesta externamente y que el lenguaje del ser humano ha de satisfacer, aunque no sea el caso de los sistemas simbólicos dedicados a un propósito especial, que carecen de la «semántica de superficie» de un lenguaje natural y que no tienen que satisfacer las condiciones de legibilidad del lenguaje natural. Sea cual fuere la respuesta a la pregunta del «porqué»,²⁸ parece que el principio del desplazamiento es correcto y que es universal; así pues, el problema consiste en determinar su naturaleza. Ése ha sido uno de los principales campos de investigación durante cerca de cuarenta años.

Hay sobradas razones para creer que el elemento esencial del desplazamiento, que se halla en el meollo mismo de la propiedad del desplazamiento, es el hecho de que ciertos rasgos de las unidades léxicas no son legibles en el interfaz semántico, de que necesitan una interpretación: están ahí, pero carecen de interpretación. Si carecen de interpretación, es preciso borrarlos; de lo contrario, el interfaz semántico no será capaz de leer el *output*. Así pues, hay rasgos de unidades léxicas que la computación ha de borrar en un momento u

otro, caso de que la expresión aspire a ser legible. Las únicas relaciones que existen son las relaciones locales, de modo que habrá que ponerlas en relación local con algo que sirva para suprimirlos. Sin embargo, el elemento que sea capaz de borrarlos a menudo resulta muy remoto, de modo que han de trabar una relación local con él (y llevarse por el camino elementos de mayor tamaño, aunque por razones independientes). Ésa parece ser la esencia de la teoría del desplazamiento, una técnica consistente en borrar rasgos que son ilegibles en el *output*.

¿Qué clase de rasgos son éstos? Buen ejemplo es el caso estructural de los nombres. Así pues, se entiende, por ejemplo, «libro» exactamente de la misma manera si está en caso nominativo o acusativo, ergativo o absolutivo; tiene exactamente la misma interpretación. Por tanto, la propiedad de los casos estructurales no resulta legible en el interfaz; no supone la menor diferencia en la interpretación. Por eso mismo ha de ser eliminada, aunque la única manera de eliminarla consiste en tomarla y ponerla en otro lugar, en relación local con algo que sirva para suprimirla. Ambos desaparecerán entonces, nada será ilegible. Ése será el resultado de la propiedad del desplazamiento. Lo mismo cabe decir, por ejemplo, de los rasgos de concordancia en las formas verbales. Si un nombre es singular o plural, lo entendemos de distinta manera. En cambio, si un verbo es singular o plural, lo entendemos exactamente de la misma manera. Así pues, los rasgos de concordancia en las formas verbales son imposibles de interpretar, y deberán ser suprimidos, lo cual implica que algo ha de tomar una relación local con ellos, para desencadenar el movimiento de los rasgos de concordancia emparejadas, con los rasgos de los nombres y el desplazamiento de la frase en que aparecen. Y así sucesivamente, a través de una gama bastante amplia.

¿Hasta qué punto ha de ser local esa relación? Posiblemente, la relación sea tan local que tenga que suceder dentro de la palabra. Ése parece el caso (por cierto que esto no figura en el capítulo cuarto; para quienes conozcan el libro, diré que estoy bastante más avanzado).²⁹ Los rasgos imposibles de interpretar, internos a una palabra, han de ser eliminados: ésa es la esencia de la propiedad del desplazamiento. Resulta que son muchas las cosas que, a propósito del lenguaje, se pueden explicar en estos mismos términos. Por eso, parece existir una imperfección, aunque sea mínima, relacionada con la no interpretabilidad de ciertas propiedades formales de las unidades léxicas, y tal vez resulte que no sea ésta una imperfección, sino una manera óptima de satisfacer una condición de legibilidad impuesta externamente, si la especulación que comenté con anterioridad demuestra tener cierta validez.

Dejando a un lado la propiedad del desplazamiento, que tal vez sea reductible al movimiento de los rasgos y a otras consecuencias subsiguientes, existe otra operación que es, de hecho, necesaria en un sistema perfecto. Y es necesaria por motivos puramente conceptuales. Se trata de una operación que toma dos objetos lingüísticos, que ya estén formados por los procedimientos recursivos de generación, y que construya otro elemento mayor a partir de ellos. Así, si ya tenemos formado «el hombre» y «robar el libro», es posible formar «el hombre robó el libro». A partir de los supuestos minimistas (que son supuestos de perfección), la generación de expresiones tan sólo debería entrañar esas dos operaciones —el desplazamiento de los rasgos, a fin de eliminar rasgos ilegibles, y la fusión de varios elementos— para tomar dos construcciones y unir las. Una operación de desplazamiento pleno combina ambas opciones, pues atrae el rasgo coincidente para eliminar un rasgo imposible de interpretar y luego fun-

de una frase que contiene el rasgo coincidente (si es necesario por otros motivos, que a veces no lo es, y nos hallamos con la sola atracción del rasgo, como en las llamadas «concordancia a larga distancia»).

Todo esto parece asombrosamente próximo a la realidad, al menos si descubrimos los principios que rigen las operaciones elementales: los principios de localidad, de economía, etcétera, que constriñen de manera radical el modo en que estas operaciones han de funcionar. Si esto fuera correcto, las diferencias entre las lenguas van a subyacer en grandísima medida en la forma específica en que los rasgos imposibles de interpretar (como, por ejemplo, el caso o la concordancia de las formas verbales) se manifiestan fonéticamente en las distintas lenguas, lo cual entrañaría una amplia gama de consecuencias que se tiene la esperanza de poder seguir automáticamente a partir de la reducidísima clase de las propiedades léxicas, habida cuenta de las constricciones universales.

Las lenguas, qué duda cabe, parecen radicalmente distintas en todos estos sentidos. Así, tómese el sánscrito, que está dotado de un sistema de inflexiones manifiestas muy abundantes. Son muchísimas las inflexiones, mientras que el inglés apenas tiene ninguna, y el chino aún posee menos. Por eso parecen lenguas completamente diferentes. Por si fuera poco, aparecen en posiciones estructuralmente distintas a lo largo de todo el discurso en las distintas lenguas, lo cual implica que sea imposible conseguir algo que se parezca ni remotamente a una traducción literal, hecha palabra por palabra.

Sin embargo, cada vez de un modo más acusado se empieza a descubrir que todas esas diferencias son superficiales; dicho de otro modo, el chino sin inflexiones y el sánscrito cargado de inflexiones parecen ser muy similares, tal vez idénticos, con la salvedad de algunos rasgos léxicos pura-

mente periféricos. De ser así, para la mente son iguales. Difieren tan sólo en el modo en que los sistemas articulatorio-perceptivos tienen acceso a la derivación uniforme. Tienen todos los casos y concordancias y todo lo demás, si acaso más abundantes que en sánscrito, pero sólo la mente los capta.

También parece que es cierto respecto a las posiciones que ocupan las palabras. Son básicamente siempre iguales, aunque los procesos articulatorio-perceptivos tienen acceso a distintos aspectos de las derivaciones que se forman en la mente. Si fuera posible establecer tales conclusiones en una amplia gama de casos, podríamos seguir adelante con la indagación elemental del Programa Minimista: tratar de mostrar que las propiedades universales en sí mismas son explicables sobre los principios del diseño óptimo, habida cuenta del requerimiento de legibilidad existente en el interfaz.

He hablado de las direcciones que han emprendido las investigaciones, así como de sus motivos. Hasta el momento, mi discurso ha sido bastante programático. Para seguir adelante, tendríamos que llevar a cabo investigaciones empíricas y detalladas a fin de evaluar estas propuestas teóricas. Ya hay bastante material impreso, y pronto habrá más.³⁰ ¿Qué grado de éxito alcanza? Tendrán que ser ustedes quienes lo juzguen. A mí me resulta bastante halagüeño y bastante sorprendente, aunque aún queda abierta la cuestión del punto hasta el cual puedan conducirnos estos esfuerzos, cuestión difícil de contestar. Se trata de temas de un nuevo orden, de una dificultad distinta en cualquiera de estos terrenos, que por lo general no se suelen estudiar en las ciencias especializadas, al menos habitualmente.

Si alguna versión de este programa llegase a funcionar, dispondríamos de una imagen del lenguaje que será sorprendente si se tiene en cuenta que se trata de un sistema biológico. Es más similar, en múltiples sentidos, a lo que se encuen-

tra en el estudio del mundo inorgánico, donde por razones sin duda oscuras los intentos por mostrar que las cosas obedecen a un diseño perfecto muy a menudo parecen funcionar a pedir de boca. Nadie entiende por qué. No obstante, presuponer que las cosas son de veras perfectas ha sido una suerte de intuición muy productiva en el campo de las ciencias duras. Si uno se encuentra con un número como el siete, seguramente ha cometido un error; tendrá que ser el ocho, porque el ocho obedece a una estructura en forma de dos al cubo, y el dos y el tres son números apropiados, pero el siete no lo es, ya que resulta demasiado complejo. Ese tipo de intuición ha dado grandes rendimientos en las ciencias duras. Se trata de presuposiciones de un diseño perfecto, aunque sólo en el caso de los sistemas simples, descubiertas mediante una abstracción de largo alcance a partir de los fenómenos de la vida cotidiana. Si algo así resultara ser cierto en el caso del lenguaje, sería sumamente sorprendente y no menos interesante.

Siempre he creído de que es justamente en este terreno donde radican los aspectos más interesantes del estudio del lenguaje. Parece estar dotado de propiedades bastante misteriosas, inesperadas en el caso de un sistema biológico, y cuanto más a fondo lo investigamos, más curioso y misterioso parece ser.

COLOQUIO

Se invitó a los asistentes a la conferencia a formular preguntas y a remitirlas también por escrito a fin de ahorrar tiempo. Rama Kant Agnihotri, de la Universidad de Delhi, moderó la sesión. Tras la conferencia se produjo la siguiente conversación.

CHOMSKY (a Agnihotri): ¿Qué le parece si yo mismo doy lectura a las preguntas? Así será más sencillo.

AGNIHOTRI: Trataba de clasificarlas por bloques, pero me da la impresión de que...

CH: Entiendo, entiendo. Si lo prefiere hacer así, pues hagámoslo así.

AG: Si tuviera usted la bondad de abordar primero estas preguntas, enseguida le facilitaré más.

CH: Eso es censura, aquí está en marcha cierta especie de censura.

El espectro de la lingüística

PREGUNTA: Con el auge de una «era chomskyana», la lingüística se ha convertido definitivamente en una disciplina por la que vale la pena romperse la cabeza. Al mismo

tiempo, se ha tornado en algo tan esotérico que se halla restringido a las personas que gozan de un empleo relacionado con la lingüística. ¿Cómo cree que se podría hacer accesible la lingüística a personas que nada tienen que ver con ella? ¿Cómo se podría ampliar el mercado?

CH: No me agrada semejante personalización. Es un modo erróneo de pensar las cosas. No existe personalización alguna en la indagación racional, todo el mundo trabaja en ella. Pero de todos modos dejaré la pregunta tal cual está.

Veamos. En primer lugar, una gran parte de la lingüística resulta accesible. La misma pregunta podría formularse a propósito de la química. Es inmensa la parte de la química que resulta ininteligible a menos que uno se haya sometido a una educación bastante exhaustiva y entienda de qué se está hablando, comprenda los resultados, las introducciones, los principios, etcétera. No obstante, las ideas más básicas sí se pueden hacer accesibles al común de los lectores con bastante presteza. En eso consiste la ciencia popular, la divulgación. Lograr que los resultados de una investigación técnica sean accesibles para la gente normal, sin que importe a qué nivel desean entenderlos, es una ocupación muy legítima y socialmente muy valiosa. Por eso, si me interesa aprender algo sobre la física cuántica, no me suelo tomar la molestia de ir a los detalles, me basta con tratar de comprender a grandes rasgos qué es lo que se trae entre manos. Hay personas, libros, etcétera, que tratan de hacer que sea disponible a mi nivel particular de interés. Creo que lo mismo sucede en la lingüística.¹

En cuanto a las condiciones de mercado... El empleo es sin lugar a dudas un problema. Cuando uno se interna por un terreno que se endurece y se complica, siempre surge la cuestión del dónde será posible conseguir un empleo. Eso es tan cierto en el campo de la matemática como en el de la lingüística. Ahora mismo, en Estados Unidos, hay una media de

varios cientos de solicitantes por cada puesto de trabajo profesional y remunerado en el campo de la matemática. Eso es un problema. No sólo es un problema de la lingüística; de hecho, en múltiples aspectos es un problema menor en el caso de la lingüística.

Sea como sea, es un problema de alcance general. Se relaciona con un problema social: ¿qué dedicación habría que darle a la ciencia? Ahora mismo, la respuesta a esa pregunta suele darse, a mi juicio, de manera sumamente irracional. A nadie se le oculta que la riqueza y el poder están altamente concentrados, y que son las personas en cuyas manos se concentran las que toman las decisiones. El modo en que toman las decisiones consiste más que nada en precisar qué es lo que desean desde el punto de vista del valor de mercado. Ésa es una forma sumamente irracional de tomar decisiones sociales. Esas decisiones, como todas, deberían ser decisiones populares, tomadas sobre la base de un juicio en cuanto al destino que se debería destinar a los recursos disponibles.

A mi juicio, tendría que haber mucha más ciencia, y todo el mundo tendría que implicarse en ella, de un modo u otro, como también tendría que haber mucha más literatura, más arte. Ésas son las partes constituyentes que enriquecen la vida del ser humano; ser accesibles para todos. Y por eso deberíamos dedicarles más recursos. Pero es que de esa manera nadie se enriquece, y como los puestos de trabajo y los recursos se distribuyen de acuerdo con la rentabilidad, nos encontramos con los resultados que tenemos. Creo que es muy irracional, pero es algo relacionado con la ausencia de la democracia en la sociedad en general.

P: Lo que tienen en común su ciencia del lenguaje y sus posturas políticas es la inexistencia de un papel preponderante que corresponda a la comunidad y la cultura. La conciencia de la comunidad es lo que halla expresión en la justi-

cia, como la halla en el lenguaje. En el estudio del lenguaje, ¿no le parece que se obtendrían mejores resultados si se otorgasen valores positivos a la diferencia existente entre las lenguas, a las relaciones de complementariedad entre dos o más lenguas que se hablen simultáneamente en una misma comunidad, y si supusiéramos que el estado de bilingüismo es normal en la especie?

CH: Mis posturas políticas sólo a mí me incumben. Todo lo que uno diga sobre política, por descontado, guarda relación con la comunidad y la cultura. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Eso es cierto no sólo en cualquier intento por comprender el mundo, sino también en los esfuerzos por cambiarlo. En mi propio caso, esto debería ser particularmente evidente, aun cuando sólo fuera debido a mi interés por y mi compromiso con el anarquismo, sobre todo con aquellas tendencias anarquistas que han hecho hincapié en la significación de la comunidad, la asociación y la cultura.

En cuanto a la ciencia del lenguaje, no es mía. Pertenece a todo el que se halle trabajando en ese campo. Nadie es dueño de una ciencia, de modo que no tiene sentido hablar de la ciencia del lenguaje de Chomsky. La búsqueda del entendimiento del modo en que funciona el mundo es una empresa cooperativa; a nada se le podría llamar «la ciencia X de Y»; y si así fuera, seguramente no tendría el menor interés. Sí existe un campo que a menudo se denomina «gramática generativa», que no es ni mío ni de nadie.

Esta rama del estudio del lenguaje se halla, en efecto, marcada por la ausencia de cualquier papel que puedan desempeñar la comunidad y la cultura, aunque ello se debe a la razón que ya señalé antes. No hay nada relevante acerca de la comunidad y la cultura, al menos que yo conozca, y que mantenga una relación significativa con todas estas cuestiones relativas a la naturaleza de un determinado sistema biológico.

Si existe algo que se me escapa, me encantaría saberlo, pero hasta hoy no conozco nada al respecto. Por lo que alcanzo a saber, no existe la menor relación.

Ahora bien, con esto no quiero decir que las cuestiones propias de la comunidad, de la cultura y el lenguaje carezcan de importancia. Son sumamente importantes, como lo es todo lo que sea propio de la vida humana; lo único que sucede es que es muy escasa nuestra comprensión científica de tales cuestiones. Deberíamos ser muy claros, muy explícitos acerca de lo que sabemos, acerca de lo que tenemos conocimientos técnicos, máxime si estamos en el mismo barco que todos los demás. Tan sólo procuramos hallar nuestro camino de la mejor de las maneras, pero sin la menor comprensión teórica de verdadera hondura. Si me equivoco en esto, me encantará recibir la instrucción pertinente, pero no conozco ninguna razón que me lleve a creer que esté en un error.

Todos los que trabajamos sobre el lenguaje, y me incluyo, concentramos nuestra atención en «las diferencias existentes entre las lenguas». Si no lo hiciéramos, no podríamos llegar a la conclusión de que sea cual sea la lengua que estudiamos el lenguaje es algo innato, lo cual sin lugar a dudas «resolvería» muchos interrogantes a propósito de la facultad lingüística, de la adquisición del lenguaje, etcétera. El primer libro moderno de gramática generativa versaba sobre el hebreo.² La primera gramática generativa que se publicó trataba sobre la sintaxis de la lengua hidatsa.³ Y así siguen las cosas. No se trata de que los resultados sean mejores o peores, como tampoco sería pertinente responder a una pregunta sobre si obtenemos mejores o peores resultados mediante el estudio exclusivo del hidrógeno o de las diferencias entre el hidrógeno y el helio, o sólo si estudiásemos las moscas de la fruta en vez de estudiar las moscas de la fruta y los simios. En todo momento se concentra uno en preguntas que parecen prometedoras.

En cuanto al valor positivo de las diferencias entre las lenguas y el bilingüismo, etcétera, la verdad es que no dispongo de una opinión meditada. Es evidente que uno tiene una personalidad más rica si posee experiencias de diversas clases, de eso no cabe la menor duda. Así pues, la exposición a culturas diversas, la inmersión en culturas varias, en lenguas distintas, etcétera, añade cierta riqueza a la vida, y, desde luego, la riqueza vital tiene un valor positivo, pero desconozco qué más puede añadirse al respecto.

El bilingüismo es normal en la especie, aunque en el sentido trivial de que el mundo es tan complejo que un monolingüismo estricto es algo casi inimaginable. Incluso en la sociedad más reducida, una tribu de cazadores y recolectores que no pase de quince miembros, habrá cierta diversidad. Los seres humanos no somos clones, y en la medida en que haya cierta diversidad habrá alguna variedad multilingüe, por pequeña que sea. Puede ser tan pequeña que ni siquiera sea posible llamarla «multilingüismo», pero será, sin embargo, variedad. En ese sentido es connatural a la especie, pero no veo en ello nada de mayor profundidad.

También es aconsejable tener en mente que el «multilingüismo» es una noción difusa e intuitiva; todas las personas son multilingües múltiples en un sentido más técnico. Decir que las personas hablan diversas lenguas es un poco como decir que viven en lugares distintos, o que tienen diferencias de aspecto físico, nociones muy útiles para la vida cotidiana, aunque sean de un interés sumamente relativo. Decimos que una persona habla varias lenguas, en vez de señalar que habla diversas variedades de una misma lengua, si las diferencias importan de cara a un determinado propósito.

P: ¿Considera la música como un lenguaje?

CH: No tengo nada particular que decir al respecto, aunque hay personas que sí han trabajado en este terreno. El me-

jor estudio que conozco es el de Ray Jackendoff y Fred Lerdahl.⁴ Lerdahl, es un compositor profesional, y Jackendoff es un lingüista profesional, que en la práctica también es músico. Los dos han escrito un libro muy interesante sobre los aspectos lingüísticos de la música. Han estudiado un repertorio musical bastante limitado (música clásica occidental con centros tonales) y han tratado de mostrar que posee propiedades cuasi lingüísticas. Se puede leer su libro y verificar si a uno le convence o no. De hecho, escribieron el libro a modo de respuesta ante un esfuerzo de Leonard Bernstein por conseguir algo semejante.⁵

Supongamos que están en lo cierto, ¿se deduce de ello que la música es un lenguaje? Ésa no es una pregunta ni pertinente ni atinada, porque la noción de lo que es un lenguaje tampoco lo es. ¿Es un lenguaje humano? Por supuesto que no. ¿Es similar al lenguaje humano? Pues seguro que en ciertos aspectos lo es, pero entonces la pregunta sería: ¿similar en qué medida?

Decir que algo es un lenguaje es un comentario que no es pertinente y que no tiene sentido. Equivale, en realidad, a decir que «se parece al lenguaje humano lo suficiente para que yo lo llame "lenguaje"». Es como preguntarse: ¿vive alguien cerca de Boston? A eso no hay una respuesta concluyente. Si hablo con un amigo, en casa, y hablamos acerca de cómo ir a trabajar a Boston, podría preguntarle: «¿tú vives cerca de Boston?». Si vive a quince kilómetros, mucho más lejos que yo, me dirá que no. En cambio, si estoy charlando con ustedes aquí en Delhi y pregunto «¿vive cerca de Boston?», la respuesta bien pudiera ser afirmativa, ya que desde una perspectiva bien diferente sí vive cerca de Boston. Preguntarse si tal o cual cosa es un lenguaje, de modo muy similar, es una pregunta carente de sentido. Podemos preguntarnos si es en ciertos aspectos como el lenguaje humano. Si resulta que

esas similitudes nos interesan, tal vez decidamos llamarlo «lenguaje». Es una mera cuestión terminológica.

P: ¿No le parece que el código genético de los virus es un lenguaje?

CH: No es posible responder a esa pregunta, porque la noción de «lenguaje» es demasiado imprecisa. Es un poco como preguntarse si los aviones «de veras vuelan» (como las águilas), cuando los submarinos en realidad «no nadan» (al menos como los delfines), y las personas tampoco «vuelan en realidad» cuando hacen salto de altura o de pértiga en unos juegos olímpicos. En inglés, se dice que los aviones vuelan (pero las personas no), pero no se puede decir que los submarinos nadan. El uso es distinto en otras lenguas.⁶ No se trata de preguntas que se atengan a la realidad; más bien son preguntas acerca de si adoptamos ciertos usos metafóricos, o no. Lo mismo sucede con la codificación genética y el lenguaje.

Fácilmente podrían existir interesantes cuestiones de tipo general acerca de lo que hacen los aviones, las personas y las águilas cuando pasan más o menos tiempo sin pisar el suelo, tal vez algo relacionado con los principios de la aerodinámica. Y fácilmente podrían existir interesantes cuestiones de tipo general sobre la relación del código genético y ese sistema biológico específico que es el lenguaje humano (algunos científicos ya se las han formulado en serio). ¿Hasta qué punto serían interesantes? Eso sólo lo sabremos cuando dispongamos de los resultados.

P: Se sabe que los sordos poseen habla interna. ¿Se basa en la semántica o en la sintaxis?

CH: Las personas que no se han beneficiado de la exposición normal al lenguaje oral pueden tener algo que se parezca en mayor o menor medida a lo que llamamos «habla interna», o no. Desde luego, tenemos constancia de que existe

algo muy similar al uso de la lengua, sólo que sin articulación, si bien los sistemas articulatorio-perceptivos podrían estar implicados; tal vez algo semejante sea cierto en los seres humanos en general. En cuanto a que tales sistemas dispongan de «sintaxis» o de «semántica», antes habremos de aclarar a qué nos referimos con tales términos. Si los empleamos en el sentido que se les da en la mayoría de la moderna «teoría de los signos», no cabe duda de que poseen una sintaxis (esto es, modos de organizar los elementos simbólicos que los constituyen) y que tal vez tengan semántica (esto es, una presunta relación entre los símbolos y las cosas del mundo no mental a las cuales hacen «referencia»), pero tal vez no. En todo esto acechan interrogantes nada triviales, también en lo tocante al lenguaje oral ordinario.⁷

P: ¿El lenguaje de los signos o el lenguaje verbal? ¿Cuál de las dos es la mejor opción en el contexto de los déficits del interfaz articulatorio-perceptivo, en lo tocante a los niños con problemas de audición?

CH: Dependerá de las circunstancias. Si mis vecinos tuviesen a un hijo aquejado de sordera y me pidiesen consejo, les diría en primer lugar que no estoy especialmente cualificado para aconsejarles acerca de lo mejor para el niño; en segundo lugar, les diría que necesitan tomar nota y evaluar a fondo el consejo de personas preparadas, con experiencia en ese campo, aunque no sin reconocer que incluso tales personas tienen una comprensión muy limitada de asuntos tan complejos e intrincados. Y si aún quisieran conocer mi consejo, yo les sugeriría que el niño fuera introducido al lenguaje de los signos y al lenguaje verbal en un entorno tan natural como fuera posible.

P: ¿Existe alguna conexión entre el lenguaje y la sexualidad, como ha preconizado Jacques Lacan en su teoría de la subjetividad?

CH: Conocí y traté personalmente a Lacan y jamás entendí una sola palabra de todo lo que decía, de modo que no puedo responder a la pregunta. De hecho, tengo más bien la intensa sensación de que Lacan gastaba bromas a diestro y siniestro, de que trataba de calibrar hasta dónde llegaba su propia locura, a pesar de lo cual conseguía –y deseaba– que se le tomara muy en serio. No puedo demostrar la veracidad de lo que digo, pero sigue siendo mi sospecha. Nos llevábamos muy bien, hablábamos de toda clase de temas, pero nunca abordábamos estas cuestiones.⁸

P: ¿Considera usted la semiótica como una ciencia, como hacemos hoy en día con la lingüística?

CH: La semiótica es lo que es. Por grande que sea el conocimiento que se tenga de ella, no se pasa de ahí. A mí no me parece que sea muy profunda. Una vez estuve en un congreso internacional con Dan Sperber, semiótico francés, uno de los principales especialistas de su campo. En principio iba a dar una charla sobre semiótica. Se levantó, se fue al encerado y dibujó un círculo grande, dentro del cual escribió «lenguaje». Al lado, dibujó un círculo pequeño y una flecha dirigida a su interior. Sobre la flecha, escribió «los colores del semáforo». Se volvió hacia los asistentes y dijo: «Eso es la semiótica». Estaba exagerando, por supuesto, pero hay una especie de verdad en el apunte que trató de hacer. Es mucho lo que se sabe acerca de una de esas cosas, el lenguaje; es poca cosa lo que se puede decir sobre los colores del semáforo. Hay otras cuestiones de mayor calado, como son el cine, las artes, las relaciones humanas, y son temas de una importancia tremenda, pero no creo que se pueda aprender mucho acerca de ellos por medio de la semiótica. Eso es algo que tendrán que decidir ustedes mismos.

P: Se dice que el *homo sapiens* cuenta con la ventaja de la facultad lingüística. ¿Es posible que, en realidad, los anima-

les estén mejor que nosotros porque su sistema de comunicación es sumamente sofisticado, aunque sirva para decir más o menos cosas?

CH: No creo que exista ninguna manera seria de plantearse la cuestión de quién «está mejor», si las hormigas, las aves, los seres humanos, etcétera. No existen criterios para la comparación. Si nos restringimos a los sistemas de comunicación, en el mundo orgánico descubrimos que existen muchos y muy variados, incluidos los propios del ser humano (sistemas gestuales, etcétera). El lenguaje humano se emplea asimismo para la comunicación, al igual que prácticamente todo lo que hacen las personas, sólo que también en este terreno parecen baladíes las comparaciones. Algunos sistemas de comunicación animal podrían considerarse en cierto sentido (aunque no sea ni mucho menos determinante) más «ricos» que el lenguaje natural. Por ejemplo, cuando son continuos –insólita propiedad de algunos organismos– por contraste con la infinitud discreta del lenguaje humano.⁹

A lo largo de los animados debates del siglo XVIII sobre el hecho de que los simios tengan lenguaje o no, una de las propuestas que se hicieron consistía en que sí lo poseen, aunque son tan listos que se han percatado de que si manifestaran esa capacidad, los seres humanos los pondrían a trabajar como esclavos. Por eso prefieren guardar silencio cuando hay seres humanos cerca. Es una historia que siempre me ha gustado.

P: Ha dicho usted que en el diseño arquitectónico general del cerebro humano el mecanismo de adquisición del lenguaje posee un lugar particular dotado de un tipo de interfaz, que es lo que precisamente no existe en el caso de los primates. ¿Quiere decir acaso que incluso los animales poseen un mecanismo lingüístico, pero que carecen en cambio de la capacidad adecuada, del interfaz necesario, y que por eso no pueden hacer uso del lenguaje?

CH: En efecto, eso he dicho, aunque a manera de broma. He dicho que es una posibilidad (una posibilidad teórica, claro está): todo lo que sabemos acerca del mundo natural nada nos dice sobre la falsedad de que los simios, en realidad, posean una facultad lingüística, aunque carezcan de acceso a ella. Es de hecho posible, aunque no haya razón para creerlo. Así pues, sí, existe una posibilidad, y tal vez algún día descubramos que es verdad, pero nadie cuenta con que así sea. Es mucho más probable que carezcan de facultad lingüística.

Tanto si es de un modo como si es de otro, resulta difícil de explicar. No existe justificación conocida de la mayoría de las complejas propiedades de los organismos. Se suele hablar de la evolución, de Darwin y esas cosas, pero en realidad no nos aporta respuestas más allá de las preguntas más elementales. Y no sólo en el caso de cuestiones como pueda ser el lenguaje. Tómese, por ejemplo, organismos como los virus, organismos sumamente simples. Disponen de ciertas propiedades estructurales, como son las envolturas poliédricas. Atribuir tal cualidad a la «selección natural» equivaldría a no haber entendido nada.

Si no, tómese esa serie matemática llamada «serie de Fibonacci». Aparece en la naturaleza en los lugares más inesperados, y nadie sabe exactamente por qué. Si se toma un girasol y se contempla la disposición de la flor, está compuesta por espirales que adquieren distintas direcciones. El número de partes que aparecen en las espirales adyacentes está en relación, unas con las otras, como si fueran términos sucesivos de la serie de Fibonacci. Es algo que aparece en toda la naturaleza, y no se entiende muy bien por qué. El mundo físico tiene algo que fuerza a las distintas clases de estructuras a emerger en determinadas condiciones.¹⁰ Si no se puede explicar qué aspecto tiene la flor de un girasol, es poco probable

que se pueda explicar qué aspecto tiene el lenguaje natural; es infinitamente más complejo. Así pues, el hecho de que no sepamos cómo dar una explicación evolutiva sería a este ejemplo no es de extrañar. No siempre es posible ir más allá de los casos más simples.

La adquisición del lenguaje

P: ¿Tendría la amabilidad de abundar más sobre sus opiniones en torno a la afirmación de que el lenguaje es algo innato, aunque también tiene una función superpuesta tanto en el nivel de la articulación como en el de la representación?

CH: Bueno, la cuestión del innatismo del lenguaje es muy curiosa. Hay una gran cantidad de literatura que se ha posicionado en contra de que el lenguaje sea innato; no hay nada que defienda la tesis. Por eso resulta tan divertido el debate: porque en realidad no hay oponente. Son muchas las personas que rechazan la propuesta de que el lenguaje sea innato, pero nadie se digna a rebatir sus argumentos. La razón por la cual nadie les contesta es porque ese argumento no tiene sentido: no hay forma de oponerse a él.

Decir que «el lenguaje no es una cualidad innata» equivale a decir que no hay la menor diferencia entre mi nieta, un conejo y una piedra. Dicho de otro modo: se toma la piedra, el conejo y a mi nieta, se les sitúa en una comunidad donde la gente hable inglés, y los tres acabarán por aprender y hablar inglés. Si alguien cree eso, cree que el lenguaje no es innato. Si cree que hay una diferencia entre mi nieta, un conejo y una piedra, cree que el lenguaje es innato. Por eso, las personas que proponen que hay algo debatible acerca de la suposición de que el lenguaje es innato están solamente confundidas. Tan profundamente confundidas que no hay forma

de contestar a sus argumentos. No cabe duda alguna de que el lenguaje es una facultad innata.

Decir que «el lenguaje es innato» equivale a expresar la creencia de que cierta naturaleza crucial, relevante, interna, diferencia a mi nieta de las piedras, las abejas, los gatos y los chimpancés. Aspiramos a averiguar en qué consiste esa naturaleza interna. En la actualidad se cree que es una expresión de los genes, que de algún modo otorga una facultad lingüística (y, por ejemplo, una cadena de huesecillos bien colocados en el oído interno, cosa que también poseen los ratones). El cómo se desconoce, pero lo mismo sucede en cuestiones inmensamente más simples. La afirmación informal de que la lengua es innata al ser humano significa algo así. Del mismo modo, decimos que los brazos son algo innato en los seres humanos, y las alas en las aves.

Una pregunta que bien podríamos formular es si aquello que es innato al lenguaje es algo específico de la facultad lingüística, o bien alguna combinación de otros aspectos de la mente. Se trata de una pregunta empírica, de modo que no hay razón para mostrarse dogmáticos al respecto; basta con mirar y ver. Lo que parecemos encontrar es que se trata de algo específico. Hay propiedades de la facultad lingüística que no se encuentran en ninguna otra parte, no sólo en la mente humana, sino tampoco en otros organismos biológicos, por lo que alcanzamos a saber.

Por ejemplo, la propiedad más elemental de la facultad lingüística es la propiedad de la infinitud discreta; existen las frases de seis palabras, de siete palabras, pero no de seis y media. Además, esto es algo ilimitado: se pueden hacer frases de diez palabras, de veinte, y sucesivamente. Ésa es la propiedad de la infinitud discreta. Se trata de una propiedad poco menos que desconocida en el mundo biológico. Hay muchos sistemas continuos, muchos sistemas finitos, pero ¡a

ver quién encuentra un sistema de infinitud discreta! Aparte del lenguaje humano, de lo único que se tiene constancia es de la capacidad aritmética, que bien pudiera ser una suerte de prolongación de la facultad lingüística.¹¹ Cuanto más se avanza en esta línea, más cierto parece ser.¹²

Cuando uno se plantea preguntas del tipo de las que hemos ido viendo aquí, se tiene la sensación de que no existe analogía en ninguna otra parte del mundo biológico hasta llegar tal vez al nivel del ADN, a un nivel en el que en realidad se habla de bioquímica. Por eso se tiene la impresión de que el lenguaje no sólo es innato, sino que también es altamente específico en aspectos hartos cruciales. Entiendo que a eso nos referimos al hablar de la «superposición». Se trata de una superposición sobre muchas otras cosas, de algo insertado en un sistema que posee otras propiedades. A eso nos llevan las indagaciones empíricas. Si a alguien se le ocurre alguna explicación distinta de la realidad, sin duda que será interesante prestarle atención. Por el momento, no existen otras propuestas, de modo que no hay nada que discutir.

El problema estriba en descubrir hasta qué punto las propiedades y el uso del lenguaje son específicos de este sistema. Así pues, podemos preguntarnos si la lengua y los dientes están específicamente adaptados al lenguaje, sea del modo que sea, o sin han evolucionado al margen e independientemente del lenguaje. En esto las opiniones varían, aunque sobre ciertos aspectos (por ejemplo, el paso de la mandíbula de los reptiles al oído interno) las respuestas parecen bien claras. Algunos de los científicos más reputados que han estudiado y estudian el análisis del habla y de la percepción, dudan de que haya ninguna adaptación específica de los sistemas articulatorio-perceptivos al lenguaje; otros no están de acuerdo.¹³

En cuanto a otro problema, mucho más arduo, como es el de los niveles de representación, también existen opiniones

diversas e ideas de interés, aunque es mucho menos, como es natural, lo que se entiende. Supongamos, por ejemplo, que uno cree que una expresión del lenguaje natural está localizada en el «lenguaje del pensamiento».¹⁴ Algunas propiedades de la expresión han de determinar a qué expresión del lenguaje del pensamiento se adscribe la expresión lingüística. ¿Qué aspectos de la interpretación de la expresión forman parte de la facultad lingüística, qué otros aspectos pertenecen a la «semántica del lenguaje del pensamiento»? Hay especulaciones hasta hoy, pero poco más.

P: Hablando de las «analogías» a modo de explicaciones,¹⁵ ¿es la noción de un «órgano» del lenguaje de índole descriptiva o de tipo analógico? No estoy muy informado, pero pienso en esos expertos en biogenética que hablan de un «cerebro móvil» en oposición a la idea de que el cerebro es un órgano rector y central. En calidad de sociólogo, trabajo muy lejos de la idea de centro (equivalente a la autoridad). ¿Alguna idea desde su punto de vista?

CH: La cuestión empírica consiste en si existe algún componente del cerebro (y es posible que también de otros sistemas del cuerpo) que se dedique específicamente al lenguaje. De ser así, es razonable que llamemos «órgano» a ese subsistema incluso en la bibliografía técnica, al igual que en el uso habitual (por impreciso que sea).¹⁶ No hay nada muy profundo que esté en juego. Asimismo, tampoco median razones para introducir ninguna connotación relativa a la autoridad, como tampoco sucedería si hay partes de la corteza cerebral que controlan el movimiento de mis dedos mientras tecleo. La estructura de los organismos es la que es, y tratamos de entenderla de la mejor manera que nos es posible.

P: ¿Y el tipo de mapa cerebral que propugnaba Broca, que en realidad no es del todo exacto, y las implicaciones que tiene de cara a la «localización» de la facultad lingüística?

CH: Por incierta y variable que pueda resultar, el área de Broca está suficientemente bien definida por haber sido objeto de productivos estudios durante muchos años, y generalmente se da por sentado que es una de las partes del cerebro implicada en el uso del lenguaje. Las tecnologías no intrusivas que ahora empiezan a estar disponibles tienen grandes probabilidades de arrojar un mejor entendimiento de los modos en que el cerebro se implica en el conocimiento y en el uso del lenguaje (el «órgano lingüístico» y su funcionamiento). Por el momento, estas cuestiones aún se nos escapan.¹⁷ También deberíamos tener en mente que en el sentido informal en el que se emplea el término «órgano» en biología, no por fuerza hay que esperar una «localización» determinada; el término tan sólo pretende concentrar la atención en lo que parecen ser los componentes de los sistemas complejos, dotados de propiedades y funciones identificables. Una discusión técnica en la que se haga referencia al sistema circulatorio o al sistema inmunológico en tanto «órganos» no pretende dar por sobreentendido que puedan ser amputados del cuerpo, dejando intacto el resto.

P: ¿Cuál es la diferencia entre el mecanismo de adquisición del lenguaje y la Gramática Universal?

CH: Ninguna, no hay tal diferencia. Son sólo dos maneras distintas de contemplar la misma realidad. La Gramática Universal es el nombre que se da a la teoría del estado inicial de la facultad lingüística. El mecanismo de adquisición del lenguaje es otro nombre para designar el estado inicial, sólo que desde otro punto de vista. No existe ninguna diferencia.

P: ¿Cuál es la naturaleza del mecanismo de adquisición del lenguaje?

CH: Sea cual sea la naturaleza del lenguaje, de eso mismo se trata. De acuerdo con un modelo, seguramente hipersimplificado, si comprendemos los principios y los parámetros

del lenguaje, comprenderemos en qué consiste el mecanismo de adquisición del lenguaje. Se trata de algo que tiene esos principios y que ha de fijar esos parámetros; una vez estén fijos, se posee un lenguaje. En general, el «mecanismo de adquisición del lenguaje» es aquello que media entre el estado inicial de la facultad lingüística y los estados que puede alcanzar, que es otra forma de insistir en que se trata de una descripción del estado inicial.

P: ¿Hay alguna contradicción en la afirmación de que el lenguaje es algo genéticamente determinado y de que es en esto idéntico al sistema visual, que requiere estimulación externa?

CH: No, no existe la menor contradicción en ello. Tomemos, por ejemplo, el sistema visual. Esto es algo que hace tan sólo cuarenta años no se sabía, pero ahora sabemos que el sistema visual de los mamíferos, incluidos nosotros, posee una forma sumamente compleja que viene determinada por la genética. Sin embargo, a menos que recibamos el tipo apropiado de estimulación, en una época de la infancia relativamente temprana (en general se trata de una estimulación por pautas o dibujos), el sistema se deteriorará. Dejará de funcionar. Por eso necesita estímulos, precisamente para funcionar. Por si fuera poco, el tipo de estimulación que recibe modificará de forma ligera los modos en que funciona.

He aquí el experimento básico.¹⁸ Los gatos poseen un sistema visual bastante parejo al nuestro, de modo que cabe deducir que los resultados serán con toda probabilidad muy afines. Si se toma un gato, un cachorro, y se le cosen los ojos para cerrárselos (de modo que no reciba estímulo visual ninguno) y luego se le aplican electrodos en las estrías de la corteza cerebral, es posible comprobar la degeneración de las estructuras biológicamente determinadas al cabo de tan sólo dos semanas. Si se toma un gato y se le cubren los ojos con

algo parecido a dos medias pelotas de ping-pong (de modo que perciba la luz difusa pero no pauta o dibujo de ninguna clase), se obtiene el mismo resultado. Por otra parte, si se le proporcionan pautas o dibujos cambiantes a modo de estímulo, el sistema funciona. Si se le proporciona una estimulación de pautas que consista únicamente en líneas verticales, las células de las estrías de la corteza se distribuyen de distinta forma que si se proporciona una estimulación exclusiva a base de líneas horizontales. Por eso es una suerte de lenguaje diferente, si se quiere. Tendrá un estado distinto en función de la estimulación de pautas que reciba. En consecuencia, no cabe la menor duda de que, en el sistema visual de los mamíferos (ahí es posible experimentar), son necesarios ciertos tipos de estímulo en determinadas fases de la vida a fin de que el sistema funcione, y existen ciertas variaciones en el modo de funcionamiento según sea el tipo de estímulo.

En la medida en que alcanzamos a saber, el lenguaje es más o menos parecido. Por razones éticas, en este caso no es posible llevar a cabo experimentos semejantes, de modo que no sabemos con certeza cómo pueda ser. No se realizan experimentos de este tipo con los bebés a menos que uno tenga, digamos, a Joseph Mengele ahí al lado. A ése le encantaría hacer con los bebés experimentos que pudieran darnos las respuestas a estas preguntas. Por fortuna, es algo que no se practica, aunque tal vez debiera reseñar que no hace tanto tiempo, si se repasa la historia de la medicina, eso se consideraba de lo más normal (abundan historias muy feas que se conservan debajo de la alfombra en las facultades de medicina). Lo cierto es que hoy en día no se llevan a cabo tales experimentos. Así pues, desconocemos las respuestas exactas, aunque cabe deducir que no son muy distintas. Son necesarias determinadas clases de estímulos para que el sistema comience a funcionar, y la forma de tales estímulos al parecer

modifica algunos de sus modos de funcionamiento: por ejemplo, las diferencias entre el hindi y el inglés. Más o menos parece ser un caso muy semejante.

Existe una cuestión muy interesante en torno a la posibilidad de que los niños que se crían en completo aislamiento (de modo que nunca lleguen a oír el uso del lenguaje) desarrollen o no el lenguaje. [Intervención desde el público.] ¿Disculpe? Bueno, el caso de los niños-lobo no es un ejemplo demasiado acertado. Hay algunos casos naturales de niños que se han criado en aislamiento. El problema radica en que son tan psicóticos y están tan dañados que es muy difícil saber qué decir a propósito del lenguaje.

El caso mejor estudiado, en este sentido, es el de una niña a la que se le ha llamado «Genie». Hay un libro al respecto.¹⁹ La encontraron cuando tenía doce o trece años encerrada en un desván. Su padre era un demente, y la encerró cuando tenía unos dos años, creo recordar. Estuvo atada a una silla, y el padre le arrojaba alimentos de vez en cuando, de modo que la mantenía viva, pero nada más. Al parecer, jamás oyó ninguna muestra lingüística a partir de los dos años, con la excepción de alguna palabra suelta que pudiera llegarle a través de la ventana. Una trabajadora social la encontró y la sacó de allí. Fue internada en un hospital y trataron de prestarle ayuda.

También había un estudio que se llevó a cabo sobre lo que la niña era o no capaz de hacer, y se hallaron ciertos resultados de interés. El problema es que realmente resulta imposible calibrar el resultado de tales conclusiones, porque la muchacha era psicótica, lo cual no es de extrañar. Padecía tal cantidad de trastornos psicóticos que era imposible precisar qué parte correspondía al déficit del lenguaje. Nunca fue capaz de llegar a nada que semejara la gramática elemental. Más o menos aprendió a comunicarse, aprendió palabras sueltas, pero nunca pudo utilizar una estructura gramatical. Es im-

posible precisar qué significa todo eso, porque los trastornos eran enormes. Es como si se toma un ordenador, se golpea con un martillo, se destroza, y luego se intenta averiguar cómo funciona un ordenador. No es la mejor manera de realizar experimentos.

Por otra parte, existe un caso de experimento natural que sí arroja cierta luz sobre esta cuestión. Se trataba de tres niños sordos que eran primos o algo parecido, de modo que pasaban mucho tiempo jugando juntos. A sus padres se les había inculcado una idea sumamente desafortunada (que en otros tiempos era muy convencional, ahora ya no tanto): que el lenguaje sígnico es perjudicial para los niños sordos, a quienes en cambio les conviene aprender a leer los labios. A sus padres se les había adoctrinado en esa creencia hasta el punto de que incluso creían que era pernicioso hacer gestos a los niños, de modo que nada les decían por medio de gestos, con la convicción de que eso los llevaría a aprender el lenguaje sígnico. Al parecer, los padres cumplían la instrucción al pie de la letra. Así pues, los niños no oían nada, ya que eran sordos, y tampoco veían nada gestual, ninguna muestra de lenguaje sígnico.

No obstante, se descubrió que los niños habían inventado y desarrollado su propio lenguaje. Los padres no lo sabían, porque los niños sólo lo empleaban entre ellos. Cuando se descubrió, un par de psicólogos muy buenos —Lila Gleitman y sus discípulos— comenzaron a examinarlo más a fondo y con el debido cuidado.²⁰ Resultó que el sistema que habían inventado era sumamente interesante. Era muy similar al lenguaje humano ordinario; era una especie de lenguaje ergativo-absolutivo,²¹ y habían alcanzado poco más o menos el nivel de desarrollo y de complejidad que poseen los niños inscritos en un entorno normal. Así pues, da la impresión de que estaban en pleno desarrollo de un lenguaje humano nor-

mal, aunque dentro de su propia modalidad, por supuesto. El experimento terminó en ese punto, porque tan pronto se descubrió el caso se les enseñó el lenguaje sígnico de los sordos. Se trata del único caso, del que se tenga constancia, que parece mostrar que no hace falta un gran estímulo para inducir el desarrollo mental de un lenguaje natural. Son muchas las cuestiones de interés que surgen y que podrían zanjarse por medio de un experimento directo, aunque están obviamente excluidos debido a razones éticas, por lo cual es preciso adoptar enfoques un poco más indirectos.

P: El mecanismo de adquisición del lenguaje ¿es único o es múltiple? ¿Puede emplearse de nuevo en la adquisición de una segunda lengua, de una lengua extranjera? ¿Y la adquisición del lenguaje en las últimas etapas de la vida?

CH: Esto es algo que revierte en la pregunta que se me formuló anteriormente. Es con toda probabilidad acertado decir que en la India o en cualquier parte del mundo, salvo en algunas partes de Europa occidental, de Estados Unidos y de Japón, así como en algunos otros lugares, las personas a menudo conocen y emplean muchas lenguas diversas. A lo largo de la historia del ser humano, y en la mayoría de los rincones del mundo, incluso hoy en día, los niños crecen hablando una notable diversidad de lenguas. Por ejemplo, si uno nace y crece en África occidental, es posible que su madre hable una lengua y su padre hable otra, y que hablen entre sí en una tercera, mientras su tía habla una cuarta, y así sucesivamente y sin límite conocido. Se trata de un estado natural del ser humano. De hecho, en una zona como Estados Unidos, donde la población nativa fue casi exterminada y donde existen colonizadores llegados, en origen, sobre todo de una misma procedencia, uno se encuentra con una artificiosa sensación de homogeneidad, aunque se deba sólo a razones históricas.

De todos modos, incluso en Estados Unidos, la idea de que todas las personas hablen una sola lengua tampoco es ni mucho menos cierta. Todo el mundo crece oyendo lenguas muy diversas. A veces se les llama «dialectos» o «variantes estilísticas», o lo que sea, cuando en realidad son lenguas diversas. Lo que sucede es que se hallan tan cercanas unas a las otras que no nos tomamos la molestia de reconocer sus diferencias y de llamarlas lenguas distintas. Así pues, todo el mundo madura en un entorno multilingüe. A veces, el entorno multilingüe entraña sistemas tan disímiles entre sí que se les puede denominar lenguas distintas. Pero eso es una simple cuestión de grado; no es una cuestión de sí o no. Por tanto, sabemos que sea cual sea la facultad lingüística, es capaz de asumir muchos estados diversos en paralelo, pero ni siquiera sabemos cuántos estados es capaz de adoptar. Los niños parecen capaces de adquirir un buen número de lenguas radicalmente diferentes sin demasiado esfuerzo, e incluso sin darse cuenta. A veces ni siquiera ellos mismos saben, hasta que tienen cuatro o cinco años, que hablan lenguas distintas. Parece ser parte normal de su crecimiento.

En cualquier caso, se trata de una cuestión mucho más complicada. La cuestión más simple consiste en examinar cómo funciona en una situación uniforme. Sólo cuando se entienda más o menos bien podremos albergar esperanzas de investigar a fondo la cuestión más ardua, esto es, cómo funciona en una situación no uniforme. Bastante difícil es la más simple.

¿Y la adquisición del lenguaje en las etapas más avanzadas de la vida, como, por ejemplo, si yo ahora decidiera aprender hindi? Eso es harina de otro costal. La razón es que al parecer existe un periodo crítico para la adquisición del lenguaje, como sucede en la mayoría de las funciones biológicas; es posible que exista no uno, sino varios periodos críti-

cos. Tomemos, por ejemplo, de nuevo, el sistema visual. No se experimenta con seres humanos, pero sí se experimenta con gatos o monos. Así pues, si uno impide que un mono reciba una estimulación visual pautada durante más de dos semanas nada más nacer, el sistema visual lisa y llanamente se deteriora. Precisa de una estimulación pautada en esa fase pues, de lo contrario, no funcionará. En el caso del ser humano, es preciso recibir estimulación suficiente para que funcione la visión binocular más o menos a los cuatro meses; de lo contrario, jamás se poseerá. Todas las propiedades biológicas que se conocen tienen un periodo en el que han de activarse; después de ese periodo, la capacidad de activarlas decae de manera muy pronunciada, e incluso puede desaparecer.

Es muy probable que lo mismo suceda con el lenguaje. Es más fácil conocer el caso del sistema visual, y la razón es sencilla: no tenemos reparo en torturar a los gatos y a los monos. Así pues, se realizan experimentos con gatos y con monos; si se hacen experimentos, se pueden obtener muchas respuestas a gran velocidad. En otros tiempos, los médicos lo hacían, pero ahora, al menos en teoría, nos abstenemos de torturar a seres humanos. Por fortuna no se llevan a cabo tales experimentos con seres humanos. Eso dificulta mucho más el llegar a las respuestas precisas. Hemos de idear formas indirectas para hallar las respuestas. Sin embargo, hay pruebas suficientes, aunque indirectas, que nos llevan a pensar que existe un punto de ruptura en la capacidad de adquirir el lenguaje, que se halla en torno a los seis, siete u ocho años, y que probablemente exista otro punto de ruptura en la pubertad. Esos dos cambios, sean como fueren, restringen considerablemente la capacidad de adquisición de una segunda lengua. Cuando uno pasa de cierta edad, es capaz de adquirirla, aunque generalmente lo hará a modo de crecimiento del lenguaje que ya posee. A veces, esa diferencia es bastante sutil. Es preciso

realizar experimentos sutiles para mostrarlo, pero parece acertado. Estamos ante cuestiones interesantes e importantes, aunque muy difíciles, y también existe un margen muy amplio de variación individual en la adquisición del lenguaje en etapas tardías, que no se comprende bien del todo.

P: ¿Es posible que haya niños bilingües o trilingües nacidos de un matrimonio mixto?

CH: Eso es lo de menos. Se trata de cosas completamente independientes entre sí. Es como si le pregunto: ¿se puede tener los brazos largos si uno nace en un matrimonio mixto? ¿Se puede tener especial interés por la filosofía griega en tales condiciones?

La teoría del lenguaje

P: ¿Podría abundar sobre la teoría de los rayos cósmicos que ha comentado en la conferencia? ¿Cómo se insertaron los principios del lenguaje en el material genético del simio que campaba a sus anchas?

CH: Cuando habla de la teoría de los rayos cósmicos creo que se refiere a cierta fábula acerca de la evolución del ser humano, propuesta para aclarar algunas cuestiones, aunque no se ha de tomar muy al pie de la letra (como tantas otras que se han propuesto). En concreto, es la teoría de que hace mucho tiempo hubo primates dotados de sistemas articulatorio-perceptivos y conceptuales-intencionales muy semejantes a los nuestros, pero que carecían de facultad lingüística, y que tuvo lugar un fenómeno natural que provocó una mutación que los dotó de facultad lingüística. Por ejemplo, una radiación cósmica, o algún proceso de mayor duración, como el que provocó el traslado del hueso de la mandíbula de los reptiles al oído interno, donde se halla magnificamen-

te diseñado para el uso del lenguaje; al parecer, es algo que sucedió durante unos 160 millones de años como consecuencia directa del crecimiento del cráneo en los primeros mamíferos, como se apunta en las más recientes investigaciones. Esa fábula es sólo un modo de suscitar de manera informal las cuestiones que se plantean en el Programa Minimalista.

¿Que cómo se insertaron los principios básicos en el programa genético? Tales cuestiones exceden nuestra actual capacidad de comprensión, no sólo en lo que atañe al lenguaje, sino también en el caso de sistemas biológicos mucho más simples.

P: El empleo infinito de empleos infinitos... ¿no entraña una contradicción? Proponer un modelo potencialmente infinito en un órgano finito ¿no es en sí mismo una contradicción inherente?

CH: Ése era el problema hasta hace poco, más o menos un siglo. En efecto, parecía una contradicción. Uno de los descubrimientos más importantes de la matemática moderna es que no lo es. Existe un sentido perfectamente coherente en la noción del empleo infinito de medios finitos. Eso es lo que dio a la postre por resultado la teoría de la computabilidad, la teoría de la función recursiva y tantas otras cosas.²² Es un gran hallazgo de la matemática moderna que ha aclarado las ideas tradicionales. Han circulado bastantes ideas intuitivas de este estilo, pero sólo se han aclarado de un tiempo a esta parte; de hecho, más o menos a mediados de siglo. De modo que sí, parece una incoherencia, pero no lo es. Hay una explicación muy sencilla para demostrar que no es incoherente. En esto no puedo explayarme mucho más ahora.

P: ¿Puede darnos un ejemplo de principio en el modelo de principios y parámetros?

CH: El principio que ya señalé en mi charla de que los ras-

gos no interpretables han de eliminarse antes de la representación semántica (de lo contrario, resulta ilegible) y de que la única manera de eliminar las cosas es mediante el borrado en circunstancias muy locales; ése parece ser un principio universal. Tiene consecuencias de todo tipo. Por ejemplo, este detalle técnico al que acabamos de aludir²³ también se ve afectado por ello. Es un principio que rige en toda suerte de construcciones, en todas las lenguas, según parece. De ser así, en efecto, es un principio. Otros principios de localidad también lo son.

Los principios propuestos abarcan asimismo los de la teoría de la X con barra, la teoría del ligamiento, el mando *c* en cadenas, la teoría de Kayne sobre «los caminos no ambiguos» y su desarrollo en la «teoría de la capa verbal» de Larson, la «minimalidad relativizada» de Rizzi, etcétera, etcétera. La bibliografía está plagada de ellos, y cambian sin cesar, como es de ley.²⁴

El estudio del lenguaje es una disciplina clásica, que se remonta a la antigüedad india y griega. Sin embargo, temas como los que ahora se investigan no podían ni siquiera concebirse hasta hace muy poco tiempo. Y el sistema es de una complejidad tal que uno no cuenta con llegar a principios inamovibles ni perpetuos en ninguna de las áreas de la investigación empírica. En este caso, un problema añadido radica en que los experimentos más obvios, que darían rápida respuesta a muchas preguntas, están vetados por razones éticas, de modo que es necesario avanzar por vías mucho más indirectas que en el estudio de las moléculas complejas o del sistema visual del gato.

P: ¿Quiere decir que el lenguaje está a medio camino, en lo que atañe a su perfección, entre los sistemas naturales y los formales? ¿Es fruto de su relativamente escasa antigüedad, o bien de la sofisticación con que funciona?

CH: Las referencias a la supuesta perfección del lenguaje tienen que ver con cuestiones que sólo hace muy poco tiempo han pasado a formar parte del programa investigador, y que de momento sólo alcanzamos a atisbar, pero que me parecen muy significativas a nivel empírico y posiblemente de gran trascendencia. Esas cuestiones surgen sobre la base de asunciones empíricas contrastadas (y bastante extendidas), en esencia: que existe una facultad lingüística expresa que «funciona en conjunción» con otros sistemas («externos») que emplean la información proporcionada por la facultad lingüística para llevar a cabo determinadas acciones. Estos sistemas externos sólo pueden tener acceso a la información que se les presenta de determinadas formas; para ser utilizable, el lenguaje debe suministrar información de la manera apropiada. Los sistemas externos, por tanto, imponen «condiciones de legibilidad» («las condiciones de salida»)²⁵ sobre la facultad de lenguaje, y podemos preguntarnos hasta qué punto está bien diseñada para satisfacer esas condiciones, en qué medida son las propiedades de la facultad del lenguaje «las mejores soluciones» a las condiciones de salida, sin que introduzcan complejidades independientes ni recursos técnicos no exigidos por esas condiciones de acceso. Estos interrogantes son en principio imprecisos, pero se pueden depurar de varias maneras, como se viene haciendo en la bibliografía reciente, en la que también se indaga sobre las consecuencias empíricas que comporta el adoptar versiones de la tesis general de que el lenguaje raya en la «perfección» en este sentido.

Los sistemas formales son otra cuestión completamente distinta. Son artilugios diseñados para cumplir otra función, y serán buenos o malos en la medida en que cumplan tales fines. No creo que haya fundamento de interés para establecer una comparación con un sistema biológico. Además, queda la cuestión de «lo reciente». Surgen estas cuestiones, por más

que la facultad lingüística haya alcanzado un estado como el que goza en su actual situación.

P: El Programa Minimista ha acuñado expresiones varias, como «convergencia», «choque», «fusión», «aplazamiento», «avaricia»; ¿no son expresiones metafóricas tomadas en préstamo de nuestro pensamiento político?

CH: Si así fuera, se me escapa. «Convergencia» y «choque» provienen de las matemáticas y de la teoría del cálculo; «fusión» es el término más sencillo que se me ocurre para decir que dos cosas se funden y forman otra mayor; «aplazamiento» es casi una broma para que las cosas sigan siendo pintorescas e inteligibles. Y otro tanto sucede con «avaricia». No creo que la elección de los vocablos sea para tanto.

P: La ordenación de izquierda a derecha de los constituyentes sintácticos recibe ahora más que antes un papel de mayor relevancia y medular en el Programa Minimista. ¿Es, por tanto, un aspecto central e inherente a la arquitectura de la facultad lingüística, o es más bien un requisito impuesto en el interfaz por las consideraciones de los sistemas articulatorio-perceptivos y conceptuales-intencionales respecto al orden?

CH: Plantea usted una pregunta muy interesante. En mi fuero interno, creo que no hay ordenación de izquierda a derecha. Si se contempla la estructura del sistema generativo (es decir, el sistema que toma los elementos léxicos, los une para formar elementos mayores, lleva a cabo operaciones sobre ellos y termina por dar representaciones semánticas), si se echa un somero vistazo a estas operaciones, hasta llegar al interfaz del sistema conceptual-intencional, se tiene la impresión de que no existe ordenación de izquierda a derecha. A decir verdad, tal vez no se presente ordenación de ninguna clase, sino un conjunto de relaciones jerárquicas.

Por otra parte, el sonido sí tiene una ordenación de izquierda a derecha. Yo supongo que viene impuesta por los

sistemas articulatorio-perceptivos. Nuestros sistemas articulatorio-perceptivos tienen limitaciones; están obligados a producir cosas de izquierda a derecha debido al tiempo. Así pues, en algún lugar del proceso, este sistema sin orden, que sólo posee jerarquías (lo cual no es una ordenación), recibe una ordenación impuesta a fin de cumplir las condiciones del interfaz articulatorio-perceptivo.

Nótese que de ningún modo son necesarias. De hecho, hay otros organismos que no poseen esa propiedad: por ejemplo, los delfines, que tienen un cerebro muy grande comparado con su tamaño, no muy distinto del de los seres humanos. Los delfines poseen un complicado sistema de comunicación. Se produce por la vía nasal (los delfines emiten toda clase de curiosos sonidos); en parte, es una especie de sonar (necesitan saber dónde están, por si tropiezan con algo), aunque también, en parte, es una especie de comunicación. Algunas subespecies de delfines aparentemente lo pueden hacer de manera simultánea por ambos lados de la vía nasal. Eso significa que disponen de una forma de comunicación más rica que la nuestra, pues pueden producir sonidos en paralelo: una producción bidimensional. Es algo perfectamente viable; se trata de sonidos que no obedecen a una ordenación de izquierda a derecha. Son *outputs* paralelos, tal vez de izquierda a derecha dentro de cada serie, aunque en conjunto no lo sean. Nosotros carecemos de esa opción; poseemos un solo canal.

A propósito: si se considera el lenguaje sígnico, tampoco obedece a un solo canal. Dispone de canales múltiples, mientras que el lenguaje articulado sí tiene un solo canal. Ésa es una limitación de nuestro aparato articulatorio-perceptivo, que fuerza una ordenación de las cosas. Si tuviéramos la capacidad de comunicarnos, por ejemplo, mediante telepatía (de modo que no fuera necesario emitir sonidos), tal vez no

habría ordenación en el lenguaje. [Intervención inaudible desde el público.] Oh, desde luego; eso es absolutamente cierto, aunque se trata de un asunto completamente distinto. Recuerde que la generación de una expresión es una operación abstracta; no es lo mismo que la producción de una expresión, que es una cuestión totalmente diferente. Cuando se produce una expresión, cómo no, es temporal: se comienza por un punto determinado, se pasa a lo siguiente y a lo siguiente. Se pueden introducir toda serie de cambios en el proceso, pero no es la misma cuestión. Cuando se introducen cambios tan sólo se regenera algo nuevo. La generación y la producción son asuntos completamente distintos. Están obviamente emparentados, ya que los sistemas de actuación han de tener acceso al sistema del conocimiento, de modo que existe una relación evidente, aun cuando sean operaciones distintas. Decir que la generación carece de orden es independiente del hecho de que la producción sí obedezca a un orden, pues hacemos las cosas a través del tiempo. Sobre esto no cabe la menor discusión.

La cuestión es más bien si en la expresión abstracta existe un orden que proporcione la información. Yo creo que la respuesta es «no», salvo cuando nos acercamos más al punto del interfaz articulatorio-perceptivo. Pero todos estos son asuntos en plena investigación, y no es posible ser dogmático al respecto.²⁶

P: Las configuraciones cruciales que se adoptan en el Programa Minimista, como las relaciones especificador-núcleo, o las relaciones locales, no alcanzan a explicar la morfología flexiva de las lenguas tibeto-birmanas, como el mizo. En mizo, en las frases que podrían plasmarse como «John wants to see you» [«Juan quiere verte»], el verbo principal, «want», concuerda con el sujeto principal, «John», así como con el objeto, «you», de la cláusula subordinada, «to see you». En

este caso no es posible establecer una relación especificador-núcleo entre Conc0 de la cláusula principal y el objeto de la cláusula subordinada. ¿Cómo se da cuenta de estos hechos en la Gramática Universal?

CH: Supongamos que alguien dijera que un particular enfoque del lenguaje no alcanza a explicar el hecho de que en inglés el verbo concuerde con una frase nominal subordinada, no con su sujeto, en expresiones como «there are believed to have been several people in the room» [«se cree que había varias personas en la habitación»].²⁷ No podemos saber si esa afirmación es verdadera o es falsa. En primer lugar habría que investigar el inglés con cierta atención, y determinar asimismo cómo conviene refinar el enfoque en cuestión a medida que progresa el conocimiento. Nadie sabe si el Programa Minimista ofrece un modo de dar cuenta de un ejemplo seleccionado al azar, sea de la lengua que sea, inglés o mizo.

Esto no es algo privativo del lenguaje. Incluso en las ciencias duras se entiende muy poca cosa más allá de los sistemas más simples, y sólo es posible especular en cuanto al modo en que las teorías propuestas se puedan acomodar a los fenómenos específicos, incluso en el supuesto de que así sea. ¿Las leyes de la física pueden explicar por qué llueve ahora mismo? Con sensatez, la pregunta no puede formularse de ese modo; cuando se formula debidamente parece haber algunas respuestas bastante sorprendentes, según la bibliografía más reciente. A comienzos de este siglo, nadie podía decir con la menor confianza si la física del momento, que era de lejos la más avanzada de todas las ramas de la ciencia, podía dar cuenta de asuntos tan elementales como el enlace químico. Hoy en día, nadie afirma con convencimiento si la física actual puede dar cuenta del 90 por ciento de la materia postulada del universo. Cuando volvemos a las etapas inicia-

les de las ciencias duras, la conclusión resulta incluso más dramática.

La ciencia no es cuestión de llevar a cabo milagros, más bien se trata de avanzar en el entendimiento, tarea que no es fácil ni siquiera en lo que a primera vista puedan parecer (a menudo de manera errónea) las cuestiones más simples.

P: La teoría de la X con barra sirve para analizar oraciones simples, incluidas las interrogativas y las pasivas. Sería tan amable de decirme cuál sería la representación de oraciones compuestas como: 1) «Si él viene, entonces iremos al cine», y 2) «Aunque es pobre, es honesto».

CH: No es difícil proponer análisis sintácticos para las expresiones, aunque si debe hacerse en términos de la teoría de la X con barra, o no, es otro asunto. En lo que a mí respecta soy escéptico, por razones expuestas en el reciente trabajo minimista.²⁸ La cuestión es definir qué representaciones son correctas y cuáles no, y eso no tiene una respuesta fácil ni en el caso de las oraciones simples ni en el caso de las compuestas. Pongamos por caso el enunciado «María vio la película», un ejemplo de los más fáciles que podemos encontrar. Desde finales de los años ochenta, la opinión generalizada asume que su estructura sintáctica es bastante distinta de la que antes se daba por buena. Vendría a ser algo como:²⁹

[SFlex[SDet María [Flex' FLEX [SV María [V' vio [SDet la película]]]]]]

Lo que aquí aparece indicado de manera informal como el par <tú, tú> es, de hecho, una «cadena» formada por operaciones (quizás bastante complicadas), que elevan la presencia más baja de «tú» a la posición más alta, donde se pronuncia. Las oraciones que ha planteado suscitan problemas similares a éste, pues no presentan dificultades especiales

adicionales para trazar su representación sintáctica. Existe bibliografía interesante acerca de este tipo de estructuras, como la tesis doctoral de Sabine Iatridou que publicó el MIT hace unos años.

P: ¿Cuál es el valor terapéutico del Programa Minimista?

CH: Bueno, eso fue una especie de broma. Lo que dije en el capítulo cuatro del libro (Chomsky 1995b) fue que aunque el Programa Minimista no diera buenos resultados, tenía un indudable valor terapéutico. Dicho valor reside en el hecho de que te obliga a pensar sobre cosas que dabas por supuestas. Si estabas utilizando la teoría de la X con barra, estructuras superficiales, índices o rección propia como herramientas conceptuales, este programa te obliga a preguntarte si esas asunciones están en realidad justificadas, o si las estás empleando para cubrir lagunas de comprensión. El mero hecho de hacerlo resulta terapéutico, pues te exige pensar sobre cosas que, de otro modo, ignorarías con facilidad.

Para aquellos de ustedes que estén familiarizados con esta disciplina, si observan el trabajo realizado en torno a, pongamos por caso, el filtro de la secuencia "that"-huella, a menudo pueden darse cuenta de que las propuestas que se ofrecen como explicaciones comprenden el mismo grado de complejidad que los fenómenos que tratan de explicar. No son verdaderas explicaciones, sino meras reformulaciones del problema en otros términos,³⁰ aunque a buen seguro resulten muy útiles para sentar las bases de posteriores trabajos. El valor terapéutico de esta teoría es que saca a la luz este problema y consigues discernir una verdadera explicación cuando llegas a ella. Eso sucede en un sinnúmero de ocasiones. Por ejemplo, muchos de los usos de conceptos como la rección propia o la coindización acaban siendo pseudo-explicaciones que replantean el fenómeno en términos técnicos distintos, pero que los dejan tan inexplicados como antes.

[He aquí otro ejemplo.] Una de las intuiciones orientativas del programa es que las operaciones se aplican en cualquier sitio. Si así es, ¿por qué entonces algunas operaciones, como el movimiento del SN, se producen antes de la pronunciación, y otras después? Esto requiere una explicación bastante técnica. En lo que respecta al movimiento del SN, parece haber una diferencia crucial con el resto de transformaciones. Nos hallamos ante un descubrimiento, probablemente cierto. En los últimos años se han desarrollado trabajos que sugieren que... Déjenme dar un paso hacia atrás. Existen razones de peso para asumir que los SSNN de una oración son siempre originados por el SV o, de manera más global, generados por predicados. Demos esta idea por válida.

Un hallazgo empírico más reciente es que en un sintagma verbal que exprese algún tipo de acción (como en el caso de un verbo transitivo, o cualquier elemento que tenga carácter agentivo o causativo, cualquier sintagma verbal de este tipo) algo tiene que escaparse de manera notoria (esto es, algo tiene que aparecer fuera), debe haber algo tematizado. El objeto tematizado puede ser un sujeto que va a la posición de especificador de la posición tiempo, o puede ser un objeto (en aquellas lenguas que permiten el movimiento del objeto) que vaya a ocupar la posición de elevación del objeto del sintagma verbal. Pero, en definitiva, parece que algún elemento tiene que desplazarse. Esto significa que, en una lengua VSO, el sujeto ha ido a ocupar la posición de especificador de tiempo, y se trata de una lengua VSO por cierto fenómeno superficial que hace que el verbo se desplace aún más arriba. De manera que parece ser que en realidad no hay lenguas VSO; sólo existen lenguas SVO y SOV.

Este hecho también implica que si nos encontramos, por ejemplo, con una construcción transitiva expletiva en una lengua como el islandés, donde parece que todos los argu-

mentos están dentro del sintagma verbal, al menos uno de ellos se ha desplazado, es decir, no se halla dentro del sintagma verbal. Como mínimo, uno de los argumentos se ha movido, quizás el objeto.

Esto parece un hecho y resulta interesante tratar de darle una explicación. También da la impresión de ser cierto que el especificador de la posición tiempo ha de ser ocupado manifiestamente. Es lo que se denomina el Principio de Proyección Ampliado, y se supone que es una propiedad descriptiva universal del lenguaje, es probable que esté relacionada con la misma propiedad de tematización. Ambos hechos fuerzan un caso de movimiento de SN si la lengua no posee una categoría expletiva que pueda ocupar la posición de sujeto y si se trata de una expresión agentiva. De modo que parece un fenómeno impuesto por los principios universales de la lengua.

Veamos ahora qué sucede con otros casos de movimiento de SN. Tomemos por caso una lengua como el inglés, que no tiene elevación explícita del objeto como el islandés, por ejemplo. Pues resulta que hay motivos nada despreciables para pensar que en inglés sí se produce ascensión de objeto, y que es incluso explícita. Pero si tiene lugar, debe ir seguida de otro movimiento, porque el objeto no puede permanecer en esa posición. Esto significa que en una oración como «What did John see?» [«¿Qué vio Juan?»], el objeto primero se desplaza a la posición de elevación de objeto, igual que sucede en islandés o japonés, pero a continuación tiene que dar un salto más a la relación especificador-SComp (sintagma complementador), y ello se debe a razones puramente universales, junto con una diferencia paramétrica que tiene que ver con los rasgos de tiempo (una propiedad que recoge la generalización de Holmberg,³¹ creo recordar). Así que nos hallamos frente a una diferencia paramétrica, una propiedad del

tiempo verbal que se adscribe a la generalización de Holmberg, la cual hará parecer que unas lenguas tienen movimiento manifiesto, y que otras no, pero en realidad todas lo tienen. De manera que todo este conjunto de fenómenos son los que determinan si el movimiento de SN se produce antes o después de la pronunciación. Parece una larga serie de factores a tener en cuenta, pero si los analizamos bien, descubrimos que se trata de un número muy reducido de aspectos y que las diferencias aparentes son, de hecho, muy pequeñas.

P: ¿Cuáles son las limitaciones formales que imponen los requisitos de legibilidad en una lengua?

CH: Éste es un tema de investigación que continúa en proceso de desarrollo. Incluso el estudio de las condiciones impuestas por los sistemas articulatorio-perceptivos, que se han investigado a fondo durante muchos años, resulta arduo y complejo, y se obtienen resultados interesantes pero limitados. Sabemos mucho menos acerca de los otros sistemas implicados en el uso del lenguaje (aquellos involucrados en nuestra concepción del mundo, en la expresión del pensamiento, en la formulación de preguntas, etc., los a veces llamados «sistemas conceptuales-intencionales»). Este tema de investigación evoluciona a la par que el estudio de la facultad del lenguaje en sí misma. Debo hacer hincapié en el hecho de que, aunque la comprensión de los sistemas externos a la facultad del lenguaje siga siendo limitada, hay datos relevantes y muy profusos acerca de las condiciones que imponen en ella. De hecho, los datos sobre el sonido y el significado se han utilizado siempre en el estudio de la lengua, desde sus orígenes.

También merece la pena recordar que la transparencia (aun relativa) no es una condición previa para la investigación, sino más bien una consecuencia. Las cuestiones que se plantean se tornan más transparentes a medida que se pro-

fundiza en la comprensión de las respuestas. Hay una miríada de ejemplos en las principales ciencias naturales, que llegan hasta el momento presente.

P: ¿Cuáles son las últimas tendencias de la semántica? ¿Es posible que algún día acabe siendo una ciencia autónoma con sus unidades propias?

CH: Ésta es una pregunta en verdad interesante. Penetra en uno de esos temas secundarios que he dejado de lado en la conferencia. Debemos preguntarnos qué es la semántica. Si por ello entendemos lo que nos explica la tradición (pongamos por caso a Pierce, a Frege, o a alguien por el estilo), o sea, que la semántica es la relación entre el sonido y las cosas, es probable que no exista.³²

Si la semántica es el estudio de relaciones como agentividad, tematización, tiempo, estructuras eventivas, y el lugar que en ellas ocupan los argumentos, etcétera, en ese caso se trata de un tema más amplio, pero que no deja de ser sintaxis. Es decir, forma parte de las representaciones mentales. Funciona de manera independiente fuera del mundo, por tanto igual que las representaciones fonéticas. Es una calificación de la semántica incorrecta. Sería como abordar la fonología con el falso supuesto de que es el estudio de la relación entre unidades fonéticas y el movimiento de las moléculas. No lo es, eso es otro tipo de estudio. La fonología analiza las representaciones mentales que asumimos como próximas al sistema procesador que, en última instancia, hace que las moléculas se pongan en movimiento. De manera que, en mi opinión, gran parte de lo que se considera ámbito de la semántica lo es en realidad de la sintaxis. Constituye aquella parte de la sintaxis que presumiblemente está próxima al sistema de interfaz que implica el uso del lenguaje. Así que tenemos esa parte de la sintaxis, además de que sin duda existe la pragmática, en el sentido amplio de lo que hacemos con

las palabras y todo eso.³³ Pero si hay semántica en el sentido más técnico de la palabra, es una pregunta abierta. No creo que haya ninguna razón para creer que así sea.

Me parece que esto entronca con la vieja idea, probablemente falsa, de que existe una relación entre las palabras y las cosas con independencia de las circunstancias de uso.

P: En virtud de su conocimiento del concepto «escalar», ¿sabe el niño que dicho concepto precisa de un agente y de un tema a fin de actualizarse? ¿Aprende el niño que el concepto de «morir» se actualiza alternativamente como «morir» y como «estirar la pata»? El concepto innato y los componentes computacionales son módulos presuntamente distintos, así que ¿desencadena la experiencia lingüística alguna clase de interacción entre ambos, a resultas de la cual se genera una estructura de predicado y argumento que sólo después se convierte en una representación familiar, de contenido léxico y sintáctico?

CH: Es posible que mediante tales preguntas haga usted referencia a un libro mío de hace ya diez años, en el que dije que el niño dispone de un repertorio de conceptos que forma parte de su dotación biológica y que tan sólo tiene que aprender que un concepto determinado se plasma de un determinado modo en la lengua.³⁴ Así pues, el niño dispone de un concepto —por ejemplo, «escalar»— en cierto sentido abstracto, con todas sus extrañas propiedades, y tiene que aprender que se pronuncia así, [escalar], y no de otro modo. En este punto son muy relevantes las importantísimas aportaciones de Fodor a lo largo de muchos años, así como las de Ray Jackendoff y otros.³⁵ Son preguntas perfectamente razonables, sobre las cuales es posible tener ideas diversas, pues no hay demasiados puntos de acuerdo. Podría decirles cuáles son mis sospechas al respecto, pero son temas que en la actualidad están en curso de investigación.

Existen razones abrumadoras para creer que conceptos como «escalar», «perseguir», «correr», «árbol» o «libro», etcétera, están fundamentalmente fijados. Cuando uno los estudia más a fondo, descubre que poseen propiedades sumamente complejas. Esto es algo que no recoge la lexicografía tradicional. Cuando uno se pone a leer el monumental *Oxford English Dictionary* (sí, el que hay que leer con lupa), puede llegar a suponer que lo que obtiene es la definición de una palabra, pero no es así. Todo lo que obtiene son unas cuantas insinuaciones, meras pistas, de modo que su conocimiento innato rellene entonces los huecos, aporte los detalles necesarios, y uno termine por saber qué significa esa palabra. Tan pronto intente expresar con toda precisión lo que el lexicón da por supuesto, comprenderá que se trata de conceptos de una complejidad increíble.³⁶

En realidad, esto es algo que ya se comprendió hace unos doscientos años. Existe una tradición que a grandes rasgos nace con Hobbes y pasa por Hume, que ha llegado a investigar asuntos como éstos con cierto grado de sofisticación. Creo que se trata de la tradición que debiera haberse expandido; tenía de hecho orígenes aristotélicos y presentaba interesantes paralelismos con el neoplatonismo del siglo XVII.³⁷ Ahora bien, cuando uno se pone a desentrañar estas cuestiones, resulta que se trata de conceptos muy complejos, lo cual supone que básicamente han de estar presentes de un modo u otro, que más o menos se activan por sí solos, que uno descubre entonces qué sonidos están asociados con ellos.

Sin embargo, acto seguido surgen otros interrogantes: ¿qué parte de todo ello es variable? ¿Qué parte está fijada? La propiedad del agente-tema, ¿es fija o es variable? He ahí un tema de investigación. En algunos casos lo sabemos; por ejemplo, en el caso de «morir» y «estirar la pata» es obvio que se trata de una imposición arbitraria. En cuanto a las otras cuestiones, lo cierto es que no lo sabemos.

Y los componentes computacionales y conceptuales ¿son módulos distintos? La verdad es que esto tampoco se sabe con demasiada certeza. He ahí la pregunta tradicional: ¿es posible el pensamiento sin el lenguaje? Si uno se pregunta cuánto sabemos acerca de esta cuestión, la única respuesta posible es que: «no demasiado». Lo que sabemos se debe a la introspección.

A mí, lo que me resulta introspectivamente obvio es que puedo pensar sin necesidad del lenguaje. A decir verdad, muy a menudo me parece que pienso y que se me hace muy difícil verbalizar lo que pienso. Se trata de una experiencia muy corriente para mí, al menos, y creo que lo es para cualquiera: el tratar de expresar algo, decirlo y darme cuenta de que no era eso lo que quería decir, e intentar después decirlo de otro modo y tal vez acercarme un poco más a lo que deseaba decir, e incluso que entonces acuda alguien en mi ayuda y que yo mismo lo diga de un modo aún diferente. Es una experiencia bastante común, y es muy difícil sacar algo en claro de esa experiencia sin asumir que uno piensa sin lenguaje. Uno piensa e intenta hallar entonces un modo de verbalizar lo que piensa, y a veces no lo consigue de ninguna manera: uno se queda sin conseguir explicar al otro lo que piensa. A veces, uno forma juicios a gran velocidad, inconscientemente. Si alguien nos preguntase cómo nos hemos formado ese juicio, a menudo resulta sumamente difícil de explicar. Esa clase de experiencias parecen indicar que podemos pensar, y de hecho pensamos, sin el concurso del lenguaje, y que si uno está pensando, presumiblemente hay ahí una estructura conceptual de tal o cual clase. El modo en que todo esto se relaciona con el lenguaje es otro tema de investigación que en estos momentos apenas si se puede concebir, aunque potencialmente sea de gran importancia e interés.